Eduardo Licerio Verdecia Díaz

EL APUNTADOR DE CANGAMBA

Casa Editorial
Verde Olivo

Edición: *Hildelisa Díaz Gil*
Diseño de cubierta: *Diana Ochagavía Castañeda*
Diseño: *Diana Ochagavía Castañeda*
Corrección: *Yuliet Caballero López*
Revisión técnica: *Sarai Rodríguez Liranza*
Fotos: *Cortesía del autor*
Cuidado de la edición: *Tte. cor. Ana Dayamín Montero Díaz*
Conversión a ebook: *Grupo Creativo Ruth Casa Editorial*

© Eduardo Licerio Verdecia Díaz, 2023
© Sobre la presente edición
Casa Editorial Verde Olivo, 2024

ISBN: 978-959-224-643-0

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en ningún soporte sin la autorización por escrito de la editorial.

Casa Editorial Verde Olivo
Avenida de Independencia y San Pedro
Apartado 6916. CP 10600
Plaza de la Revolución, La Habana
volivo@unicom.co.cu

Índice

Agradecimientos / 6

Palabras al lector / 7

I. Cangamba, la aldea / 12

II. Parece que ya no voy a morir / 17

III. Asalto / 26

IV. Recoge que te vas para Cuba / 32

V. Hace falta alguien allá abajo / 44

VI. En la torre de control de vuelos / 51

VII. La persona ideal para esa tarea es Chiong / 63

VIII. Frustración en la chana / 70

IX. Llega el apuntador bajo la metralla / 82

X. Al fin en el infierno / 90

XI. Ahora sí están tirando donde es / 101

XII. Huellas / 116

Anexos / 122

Testimonio gráfico / 132

Bibliografía / 148

Datos de autor / 149

A la memoria de Julio Vencon Chiong Almaguer,
el apuntador de Cangamba.

ÍNDICE

A los héroes y mártires de la batalla de Cangamba.
Y un regalo para:
Elisabet y Eduardito, mis amados hijos.
Silvia y Elio, padres eternos.
María Esther, Elio Esteban, Ernesto, Eleixis y Eddy Nelson,
hermanos del alma.
Elvia Violeta, mi querida esposa.

ÍNDICE

Agradecimientos

Luis Licea Medina, especialista de Literatura de la Casa de Cultura de Campechuela, con quien di mis primeros pasos en las letras.

Erwin Caro Infante, escritor y especialista de Literatura de la Casa de Cultura de Bayamo, por su maestría en la enseñanza.

Luis Carlos Suárez Reyes, escritor bayamés de mano siempre extendida.

Ejecutivos de las direcciones provinciales de la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana de Granma, Pinar del Río, Matanzas, Ciego de Ávila y Guantánamo.

Presidentes de las direcciones municipales de la Asociación de Combatientes de: Diez de Octubre y La Habana del Este, en La Habana; Bayamo, Cauto Cristo, Yara, Manzanillo, Campechuela, Media Luna, Pilón, en Granma, y Chambas, en Ciego de Ávila.

General de división (fallecido) de las Fuerzas Armadas Revolucionarias Antonio Enrique Lussón Batlle, así como a su ayudante Alexis García Paz, Michel.

Coroneles jubilados Henry Pérez Martínez, Fidencio González Peraza y César Alba García, este último, jefe de Secretaría de Trabajo Patriótico Militar e Internacionalista de la Dirección Nacional de la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana.

Teniente coronel jubilado del Ministerio del Interior Rafael Ángel Ramos Fajardo.

Soldado de la reserva Osnel Ramos Soler.

Todos llenos de consejos y atenciones.

Palabras al lector

«¿Quién es el último?», pregunté en la cola del Banco Popular de Ahorro un día a finales de 2012. «Es el piloto, viene ahora para acá». «¿Qué piloto?» «El Chino, el de Cangamba». «Bueno, yo quiero conocer a ese compañero», le agregué a mi atento interlocutor.

Al poco rato llegó un hombre blanco, achinado, de más de un metro y setenta centímetros de estatura y canas asomadas por debajo de la gorra. Se presentó como Julio Chiong Almaguer, alias El Chino. Me identifiqué y nos dimos un abrazo como viejos amigos. A partir de ahí comenzaron nuestros intercambios que, en el propio banco, en la panadería, en los parques del reparto o en la calle, fueron cotidianos.

Inicialmente compartimos anécdotas de piloto a piloto. Pero, con el decurso del tiempo las vivencias del Chino trascendieron a las personales; entonces, más que escucharlas, comencé a profundizar en ellas. Le eché mano a papel y lápiz, elaboré minuciosos cuestionarios y lo entrevisté hasta el cansancio.

Me habló de su vida como aviador y revolucionario, de los heroicos días y las circunstancias que lo llevaron hasta las trincheras de Cangamba. No faltaron referencias a las penas y errores propios del hombre. Y en este último aspecto, con la venia de los escritores santiagueros Reinaldo Suárez Suárez y Oscar Puig Corral, autores del libro *La complejidad de la rebeldía*, cito una peculiar frase

de su protagonista, el combatiente de la lucha clandestina, Enzo Infante Uribazo: «Para mí todo el que participó en cualquier actividad, por muy pequeña que esta fuese, merece el respeto y el reconocimiento, siempre que no haya traicionado».

Finalmente conocí sobre su niñez y adolescencia. Nació en una casa de guano, yaguas y piso de tierra del central Chaparra, actual Jesús Menéndez, en Las Tunas. El principal sustento familiar llegaba de la parcela del padre Horacio Chiong Chang —inmigrante de Cantón, China— quien producía y comercializaba hortalizas; mientras la mamá, Juana Almaguer Fernández, atendía el hogar.

Con solo dieciocho meses de nacido murió su progenitor. Luego del segundo matrimonio de la madre nacieron cuatro hermanos: dos hembras y dos varones.

Su padrastro, Laureano Canal Faza, licenciado en Enfermería, les trajo un buen sustento a la familia, suficiente para paliar el hambre y pagarles los estudios en un colegio de monjas de la localidad a las niñas María del Carmen y Santa Marina. Los hermanos José Antonio y Leopoldo acudieron a una escuela pública. Al crecer dentro de ese ambiente relacionado con la Medicina, el Chino se interesó por esa carrera.

Al triunfo de enero de 1959, el muchacho había vencido la enseñanza primaria y favorecido por los nuevos programas del sistema de educación ingresó a la secundaria, al tiempo que se sumó a la efervescencia revolucionaria de los cubanos. Aún sin cumplir los quince años formó parte, bajo las riendas de Guillermo Mesa, un conocido doctor de los alrededores, de las patrullas juveniles, que armadas de palos y piedras, rechazaban las acciones de la contrarrevolución realizando recorridos a través de las principales calles y alrededor de los objetivos más importantes.

El 28 de enero de 1960 se fundó la Asociación de Jóvenes Rebeldes (AJR), devenida Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) el 4 de abril de 1962, a la cual se integró para fortalecer sus principios

ideológicos y recibir preparación militar. Después, se sumó a la Campaña de Alfabetización. Sin abandonar los estudios secundarios, custodiado por milicianos, viajaba cada día junto a otros compañeros a un barrio cercano para enseñar a los campesinos.

A finales del octavo grado una comisión militar procedente de La Habana llegó a la escuela. Contra la voluntad de su madre, el muchacho apartó al soñado médico y fue a estudiar una profesión que marcó, hasta el último aliento, su vida.

Cuando escuché sus vivencias durante la batalla de Cangamba, acontecida del 2 al 10 de agosto de 1983, previas a esta profundicé en la literatura y los materiales audiovisuales existentes, y saqué mis conclusiones. Primero, que la misión de este hombre fue de suma importancia para la victoria. Segundo, que a pesar de vivir momentos desgarradores, sus virtudes lo convirtieron en eso: el apuntador de Cangamba.

Con la idea general madurada, consciente de que los acontecimientos —algunos inéditos— podían ser tratados con amplitud en una obra literaria, aparté algunos proyectos que hacía rato pendulaban sobre mi mente y a mediados de 2015 comencé a escribir. Favorecido por la cercanía de Chiong a mi residencia, lo cual me daba la facilidad de evacuar dudas, al inicio avancé rápido. Con posterioridad llegaron las complicaciones. Necesitaba más argumentos y otras versiones para perfeccionar y ampliar el trabajo. Por consiguiente, tuve que trasladarme hacia La Habana donde vivía la mayoría de los pilotos. Al regreso pateé casi toda mi provincia tras los testigos de las trincheras. No faltaron las llamadas telefónicas a territorios adonde no pude acudir.

Al final, con la riqueza disponible, cuajé la estructura del texto, formada por doce capítulos. Los once primeros se alternan entre sí, porque los participantes: combatientes del cerco, pilotos, jefes, narran sobre el arribo y las principales misiones del apuntador en las trincheras. En otros, el protagonista describe las circunstancias que lo condujeron a Cangamba e inserta a modo de

retrospectiva, pasajes de su vida. En el último, refiere el impacto personal de lo sucedido. En todo momento el lector descubrirá al soldado de línea, sin más cargo que el de su responsabilidad individual y de una sencillez característica de los héroes.

Sin duda, para mí representó un gran reto presentar un título alrededor de acontecimientos ampliamente tratados en otros libros como: *Cangamba* —el más abarcador—, de Jorge Martín Blandino; *Sobre el cielo de Cangamba* —con las acciones de la aviación—, del coronel Henry Pérez Martínez, y *Tigres de Cangamba* —con las misiones de Tropas Especiales— del teniente coronel (r) Rafael A. Ramos Fajardo; además, de un filme homónimo y documentales; así como reflexiones y discursos del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz.

No puedo concluir sin referirme a algunas cuestiones técnicas que el lector debe conocer, entre ellas, aspectos y frases muy puntuales expresadas por Chiong en Cangamba; notas al pie que aclaran y enriquecen saberes; mapas que ubican el lugar de los hechos; fotografías que permiten reconocer a personas y técnicas empleadas; apertura de los capítulos con frases de José Martí relacionadas con méritos y conductas de los hombres de bien; así como numerosos revelaciones que apoyan la historia del hecho y la del personaje principal: Julio Vencon Chiong Almaguer.

Además de mi oferta a las presentes y futuras generaciones, con estas cuartillas llenas de heroicidad y altruismo, deseo estimular a los creadores literarios que cultivan el género como yo, a continuar acercándonos a «la fuente viva», igual a la obra homónima de Miguel Barnet, la cual nos facilitará enriquecer el patrimonio histórico de Cuba.

El autor

El mérito modesto tiene un derecho
indudable a la atención
José Martí

ÍNDICE

I

Cangamba, la aldea

Fidencio González Peraza

Teniente coronel, jefe de grupo de asesores cubanos de la 32 Brigada de Infantería Ligera de las Fuerzas Armadas Populares para la Liberación de Angola, 44 años[1]

Antes de ser asignado a Cangamba en octubre de 1982,[2] había viajado varias veces hasta allí desde Luena[3] en controles del mando. Aún desde el aire y luego durante la interacción con la aldea, la cual pude catalogar como de medianas dimensiones, me pasó lo que quizás le ocurría a cualquier novicio cuando arribaba a esta, le noté tres elementos distintivos. Primero: los vetustos eucaliptos en busca de las nubes, unos atravesándola de este a oeste, otros en pequeños bosques casi al centro. Segundo: el Cubanquí, afluente del río Cuando, de orillas bajas y fangosas, de buen ancho y muy caudaloso, que la cortaba de norte a sur en la parte oriental. Tercero: una pista de tierra cercana a los dos mil metros de longitud, prendida al suroeste.

1 Los datos que, por única vez, siguen al nombre del testigo pertenecen al período de la batalla, y al final del testimonio, su situación actual.

2 Al inicio de la batalla, 2 de agosto de 1983, junto a los mayores Diógenes Bell Sessé y Sergio Hernández Mustelier, y al capitán Fernando Fuentes Rivero, era el único oficial permanente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) en Cangamba

3 Capital de Moxico, segunda provincia en extensión territorial del país después de Cuando Cubango. Se ubica al sureste y tiene fronteras con Zambia y Zaire (actual República Democrática del Congo).

El terreno era muy arenoso, de tonos rojizos y grises. Al oeste del río había algunas ondulaciones. En dicho segmento se concentraban las dependencias estatales, por lo general de concreto, y zinc o tejas como cubierta. También, se erigían núcleos de quimbos con techos de paja y paredes de barro. Después del Cubanquí la superficie se elevaba descubriendo el barrio 4 de Febrero, de mayor densidad constructiva.

Cangamba constituía una de las principales aldeas del municipio Luchazes, ubicado al suroeste de Moxico. Una red de caminos, de amplio empleo por los madereros portugueses durante la colonia, la enlazaban con otros centros poblacionales: hacia el sur, Cangombe; al este Sessa y Lumbala N´guimbo; al noreste, Cassamba y Lucusse; al norte y noroeste, los caminos nuevo y viejo, respectivamente —ya un sendero— para Tempué. La poblaban unos pocos miles de habitantes dedicados por lo general a las faenas agrícolas. Los niños poseían una escuela que les garantizaba la educación primaria.

En torno a la localidad se extendían llanuras cubiertas de bosques ralos y herbazales, aunque a unos cinco kilómetros, en arco, desde el este hasta el sur se erigían ligeras y pedregosas colinas. Serpientes de disímiles tipos, leones, onzas... amenizaban el paraje.

Los aguaceros del verano (de diciembre a marzo), refrescantes del calor, reverdecían la naturaleza. Al contrario, el invierno (de junio a septiembre), con temperaturas nocturnas próximas a cero grados y muy escasas lluvias, tostaba la vegetación que, ennegrecida, se volvía un paisaje fantasmal cuando los nativos le daban candela a los alrededores.

En la fecha señalada al inicio relevé al teniente coronel Catalino Olachea Rosabal y con el capitán Fernando Fuentes Rivero —especialista de armamento—, me hice cargo de la

asesoría cubana de noventa y dos combatientes[4] en la 32 Brigada de Infantería Ligera (BIL), integrada por 818 hombres, comandada por el primer teniente Paulino N´Gola Joao. Los tres batallones de la unidad ocupaban el primer anillo, exterior,[5] circundante a la aldea, junto a miembros de la Organización de Defensa Popular[6] y algunas fuerzas de la 44 BIL.[7] Estos tenían un bajo nivel de personal en las plantillas y escasos recursos para el combate, al extremo de que entre todas las fuerzas, los medios artilleros —los más potentes— no sobrepasaban la veintena.

La jefatura de los asesores ocupaba un local en el suroeste del poblado —meses antes de la batalla próximo a ese punto se fortificó el segundo anillo, interior,[8] con un área semejante a la de un campo de fútbol—, desde donde dirigía la instrucción a la brigada de las Fuerzas Armadas Populares de Angola (Fapla). Particularmente mis subordinados convivían con los angolanos en las áreas de defensa de los batallones.

Al concluir la preparación diaria disímiles tareas ocupaban al personal: acopio de leña, trabajo en el huerto y crianza de pollos para asegurar el autoconsumo; limpieza del armamento y otras de proximidad a los factores locales (soba, que era el líder de la aldea, comisario y organizaciones populares).

Coronel (r), Bayamo, Granma.[9]

4 Cuando comenzó la batalla, por diferentes causas, la existencia física de los asesores solo llegó a ochenta y dos hombres.

5 Ver Anexo 1.

6 Organización de defensa local (milicia) para la cooperación con las Fapla.

7 Brigada de Infantería Ligera que cumplió misiones de intervención rápida y participó en operaciones en el país. En aquel momento radicaba en Munhango.

8 Ver Anexo 1.

9 Fidencio González Peraza (Bayamo, Granma, 1939). Participó en la Lucha Contra Bandidos (LCB). Internacionalista en la República Popular de Angola (1976-1977) y (1981-1983). Ocupó diversos cargos en las FAR. Posee el Título Honorífico de Héroe de la República de Cuba, Orden al Valor Antonio Maceo, medalla Combatiente Internacionalista de Primera Clase, entre otras.

[…] ni debe el buen guerrero, en la hora del combate, curar de su belleza, sino ofrecer el pecho ancho como escudo […] a las espadas enemigas.

José Martí

ÍNDICE

II

Parece que ya no voy a morir

Con movimientos ágiles de los mandos entro en picada. Debajo, en el fondo del valle diviso la aldea de Caimbambo; luego, la de Catengue —unas de las tantas alineadas a lo largo de la carretera y el ferrocarril que unen a la ciudad atlántica de Benguela con la de Huambo, en el altiplano central— y entre estas, un tren que agoniza bajo los plomos de los kwachas (miembros de la Unita[1]). Ya tengo a la vista los impactos de las bombas del avión líder, pilotado por Edilberto Lee Kim, y hacia allí, no muy lejos del convoy, dirijo la mira. El ángulo que alcanzo, más el peso del avión me precipitan endemoniadamente a tierra, lo cual ratifico con un vistazo por los instrumentos. Arrellano el cuerpo para evitar que la inercia proyecte mi cabeza contra el canopy (cubierta transparente de la cabina del piloto de caza), y busco efectividad en esta primera misión combativa.

Algo me preocupa. Siento mareos como en los últimos vuelos, y a pesar del esfuerzo para mantener la cruz del colimador sobre el blanco, no lo logro. Hago un intento tras otro, mientras continúo el descenso. Todo es en vano. La velocidad se acerca a los 800 km/h y el tren, que desde lo alto parecía de juguete, ahora pudiera contarle los vagones. Veo las paredes rocosas que abrigan el valle por encima del avión y aún mi

1 Unión Nacional para la Independencia Total de Angola. Organización opositora dirigida por Jonas Savimbi, quien durante esos meses desarrolló una gran operación estratégica para ocupar el rico territorio del sureste del país.

cabeza no responde. Entonces decido abortar la maniobra. Halo con fuerza el mando hacia atrás e izquierda. Empujo la palanca de los gases al frente y, huyendo del fuego enemigo, mi máquina ruge sobre las colinas que adornan la base de la cordillera.

De pronto la voz de Lee Kim retumba en mis audífonos.

—¡Ataca! ¡Ataca!

—Espera, que me estoy acomodando —le respondo.

Mientras asciendo y las gravedades positivas[2] me nublan la vista. Selecciono la posición de «oxígeno puro» en el panel de instrumentos. Presionando la máscara sobre la nariz y con palmaditas en la cara trato de mejorar mi estado. El aire expande mis pulmones y su influjo me llena de energía provocando, por momentos, el olvido del malestar.

Con el área de combate en el rabillo del ojo alcanzo 4000 m de altura y de nuevo lanzo el MiG-21 PF hacia el objetivo. Siento cómo crepitan los metales bajo la celeridad hacia el fondo de las montañas y recorto potencia para no exceder la distancia de bombardeo.

En milésimas de segundos chequeo los parámetros de vuelo. Luego, mis ojos regresan al colimador en la parte delantera del canopy. En uno de los recorridos diviso, fuera de este, unas siluetas que se mueven desde las proximidades del tren hacia unas cejas de bosques que yacen al pie del macizo. Esos son los kwachas, digo para mí. Con leves movimientos traslado la puntería hacia un área entre estos y la vegetación. Verifico que la silueta con forma de bomba, en el panel de armamento, está encendida. Otra vez chequeo la velocidad, la altura, y visualmente calculo estar a la distancia de tiro. Vuelvo a la mira donde se agrandan las figuras en despavorida carrera. Aprieto el

2 Durante la trepada el peso corporal del piloto aumenta proporcionalmente a la velocidad del ascenso.

disparador y la media tonelada de explosivos aligera el caza, que asciende en chandell[3] bajo la acción de los controles. Durante la trepada puedo ver los dos impactos sobre el objetivo, que en instantes desaparece entre el humo y las llamas.

De nuevo estoy comprimido en el asiento. Percibo cómo cruje el traje antigravedades alrededor de la cintura y las piernas, para que la sangre no fluya hacia estas últimas.

Desde alguna zona Lee Kim, quien debe seguir la maniobra, me ordena: «02, pon rumbo al campo».[4] Continúo el ascenso a más de 5000 m en busca del regreso cuando en mis oídos, por segunda vez, resuena esa orden; pero ahora tiene altos decibeles.

De inmediato, con la mano libre, aprieto el botón de concordancia del indicador de rumbo y este comienza a girar sin control. Entonces le trasmito al líder: «01, pasa delante que la brújula tiene problemas». En instantes veo la silueta camuflada del caza que pasa por la derecha. Antes de que sus gases abracen mi máquina, tiro con brusquedad la palanca hacia ese lado para ocupar un escalón que me facilite el pilotaje. Cuando alcanzo 90º de banqueo y giro la cabeza buscando a Lee Kim, siento un latigazo en la cervical y pierdo la visión. Involuntariamente empujo el mando para la izquierda, tras lo cual el casco golpea como un martillo esa parte de la cabina.

—01, ayúdame que no veo, me voy a catapultar —grito por la radio un poco desconcertado.

—¿Dónde te dieron?

—No, no me han dado, pero estoy ciego.

Suelto los mandos. A tientas busco las anillas de la catapulta entre los muslos. Pero de momento escucho una segunda voz. Su tono grave pertenece a la de Henry, quien vuela en otra zona.

3 Maniobra de pilotaje durante la cual el avión en poco tiempo gana altura y varía el rumbo en 180°.

4 Denominación surgida con el nacimiento de la aviación, pues al no existir pistas se aterrizaba en campos abiertos.

—02, no puedes catapultarte, estabiliza el rumbo y no desciendas de los 3000 m.

Y tras esas indicaciones y la simple imaginación de verme descendiendo sobre el enemigo, retomo las palancas tan rápido como había agarrado las anillas; a la vez que oigo cuando el jefe le ordena al torrero darle prioridad a mi aterrizaje.

Desconozco qué posición tengo. Presiento el impacto con las montañas. Hago esfuerzos con la vista y al fin pasan esos largos segundos. La claridad se asoma, pero noto la cabina neblinosa. En instantes la niebla se disipa y los colores del ambiente penetran a unos ojos anegados de sudor. Veo las cimas bastante cercanas. Chequeo el altímetro. Señala por debajo de los 3000 m, entonces interiorizo que voy en descenso. Regreso los pies a los pedales y manipulo el bastón. A duras penas logro estabilizar.

Continúo el recorrido del exterior con la vista. Mi corazón se sobresalta cuando advierto, por la derecha, la cercanía de Lee Kim. Llega al auxilio como el familiar que acude al enfermo quejoso. Su voz pausada comienza a llegarme: «¿Cómo te sientes? Corrige el rumbo a la derecha. Dale palo (bastón) al frente», me dice cuando mi avión levanta la nariz. «¡Dale atrás! ¡Atrás!»

Durante minutos él mantiene esa posición. Siento que me voy relajando y ya domino mejor los controles. Mentalmente agradezco la energía que llega desde su máquina. Luego parece que se da cuenta de la estabilidad que logro, porque empieza a rezagarse. Mantengo 900 km/h y la altura indicada por Henry sobre montañas blanqueadas por el cassimbo.[5] Una vez más chequeo a Lee Kim quien, a decenas de metros, debe estar listo para otra ayuda.

5 Fenómeno meteorológico, parecido a la niebla, que se forma por la concentración de arena y polvo en la atmósfera y es visible, fundamentalmente, desde las alturas.

Saltico a saltico los recuerdos retornan a finales de la década de los sesenta cuando tuve una situación como esta.

❖

Volaba aún los aviones MiG-15 en la base aérea de Holguín. Al regreso de unos vuelos acrobáticos sentí que los oídos no descompresionaron y estaba casi sordo. Como tenía planificado un bombardeo en el polígono, no consulté al médico y despegué para allá con dos bombas de 75 kg cada una. Me acompañaba, como número,[6] el teniente Jesús García Alfonso.

Busco los 2000 m de altura bordeando la ciudad por el este, porque con armamento en las vigas se prohíbe sobrevolar los centros urbanos. El ascenso empeora la situación de mis oídos. A los 1700 m siento que algo explota en los tímpanos y ¡paf!, suena como el corcho de la botella que sale disparado. De inmediato pierdo el equilibrio y el avión, sin control, pica hacia la urbe. La cabina me da vueltas. Mi cabeza quiere golpear el canopy y yo, inerte, viendo imágenes borrosas de calles y edificaciones que se acercan. Por la derecha diviso la silueta zarandeante del número. Desde allí una voz vaga se oye: «¿Qué te pasa? ¡Sácalo! ¡Sácalo!»

Cerca de los 200 m recupero la capacidad de maniobra y con la sangre congelada me voy por la ventana que existe entre la Loma de la Cruz y la del Fraile. Sin tiempo aún para salir del susto resuena en mi casco la orden de regreso a la base. Del caza voy para el hospital, donde los malos presagios se esfuman, a la vez que la recomendación del médico me ruboriza: «Tiene que limpiarse los oídos con más frecuencia».

❖❖

6 En la formación aérea es la aeronave (s) que sigue al líder.

Al frente, el cassimbo retrocede y retrocede como lo hace el arcoíris. Esa característica me garantiza kilómetros despejados, los cuales devoro con la vista lleno de ansiedad. A pesar de que no llevo el tiempo de regreso, creo haber recorrido más de la mitad de los 200 km de la travesía. Como espero, no demora mucho en desaparecer el macizo que acompaña al itinerario. Ahora la ruta descansa en un valle amplio hacia los cuatro puntos cardinales. A la izquierda se observan picos familiares y en su base comienzo a divisar arquitecturas de color blanco: no tengo dudas de que es la ciudad de Huambo.

Corro la mirada unos grados al sur y en el fondo de ese valle, resurgiendo entre el cassimbo, contrasta una cinta gris oscura. En este momento me digo: Ya tengo la pista. Hasta allá calculo unos 20 km. Inicio el descenso y la disminución de la velocidad. Dirijo la nariz de mi caza hacia el longitudinal de aquella franja, confiado en que ahora está libre; según la orden del jefe de la Fuerza Aérea.

A los 15 km, más o menos, saco el tren y pido autorización para el aterrizaje. Chequeo los parámetros de los motores. Disminuyo los gases para buscar los rangos óptimos en el aproche (maniobra de descenso) hacia la pista que, bajo el sol hirviente del mediodía, se agranda sobre el cono de mi avión. Imagino a Chabrol,[7] ojos afuera con los binoculares en busca de cualquier anormalidad, y a la tripulación del helicóptero de guardia y al médico, listos para acudir en auxilio si fuera necesario.

Estoy a cinco o seis kilómetros, previo a la extracción de los flaps.[8] De súbito descubro que una figura gorda como la ballena, salida de no sé dónde, desciende hacia la pista.

7 Teniente Joaquín Muñoz Chabrol, piloto de aviones MiG-17, quien por lo general cumplió la misión de torrero.

8 Aletas detrás de las alas que le dan mayor sustentación al avión durante el despegue y el aterrizaje.

Me alarmo. Guardo el tren. Doy gases y busco 500 m de altura con la mente lista para repetir tráfico[9] a la orden del torrero. Orden que no me llega, pues lo escucho en disputa feroz con la tripulación del AN-12 que parece no entender ningún idioma.

Concluida la reyerta, a punto de irme por mi cuenta, recibo el permiso con palabras entrecortadas de Chabrol. A la derecha, pero algo atrás, observo a Lee Kim que se ha acercado. Me aparto unos metros hacia esa mano para evadir la turbulencia de las cuatro propelas del avión soviético y giro, sin brusquedad, por la izquierda sobre este, que ya busca la rampa.

Con ruegos en los labios, alejando cualquier recaída de mi salud, completo el tráfico y pongo el tren sobre la pista. Bajo chorros de sudor expando los pulmones. Exhalo y me digo: *Hoy 6 de julio de 1983, día de mi treinta y nueve cumpleaños, parece que ya no voy a morir.*

9 Maniobra de la aeronave próxima a la pista, previa al aterrizaje o después del despegue.

Pero la noción del bien flota sobre todo, y no naufraga jamás.
José Martí

ÍNDICE

III

Asalto

Peraza

El día 2 de agosto de 1983 a las cinco y cincuenta y cinco de la madrugada, o mejor dicho, del amanecer, la Unita comienza un ataque artillero contra nuestras posiciones en Cangamba. Actúa desde varios puntos: sur, suroeste y oeste, aunque apreciamos el principal por el este. Sus fuerzas se estiman en unos tres mil hombres y de cincuenta a sesenta piezas de artillería y moteros, siete instalaciones antiaéreas múltiples de 14,5 mm y cohetes antiaéreos portátiles. Consideramos que ese castigo inicial quien más lo sufre es el anillo exterior. Nadie tiene dudas de la excesiva envergadura del golpe frente a los resistidos casi a diario, a partir de junio.

Cuando logramos comunicarnos con el puesto de mando de la Región Militar,[1] en Luena —a causa de factores atmosféricos perdemos el contacto durante la noche— hacemos uso de la tabla de conversaciones y le informamos: «El aguacero está cayendo a cántaros dentro de la palangana, necesitamos el apoyo de la aviación». Allá, ¿quién sabe producto las veces que tales hechos ocurrían?, no toman a

1 Para garantizar la defensa el país estaba dividido en diez regiones militares, Moxico era la No. 3, algunas abarcaron más de una provincia. José A. Gárciga Blanco: Misión Olivo, p.143.

pecho nuestro informe y nos responden: «Resistan, que eso son lloviznitas».

Nosotros continuamos el reforzamiento de las medidas para enfrentar esta contingencia, la cual no se extiende unos minutos o una hora como generalmente sucedía; sino que continúa a las siete, a las ocho, a las nueve... toda la mañana.

Julio Boza Reyes
Soldado (r), apuntador de pieza de morteros 82 mm,
26 años

Esta noche la pieza mía, la No.1, está de guardia.[2] Nos damos cuenta de la inminencia del asalto, porque vemos vehículos enemigos en vuelta de unas elevaciones cercanas. «¡Lo que nos va a caer mañana va a ser terrible, miren qué caravana de carros viene!», comentan algunos.

Obrero del Ministerio de la Construcción (Micons),
Bayamo, Granma.

Arisbel Figueredo Lora, Pepito
Soldado (r), apuntador de pieza de morteros 82 mm,
28 años

El primero de agosto, casi a media noche, se comienzan a ver las luces de muchos vehículos que se acercan por unas elevaciones, unas colinas, en dirección al barrio 4 de Febrero. *Será la caravana que hace tiempo salió para Luena a buscar abastecimientos*, pienso. ¡Hasta me pongo contento! El paso de las

2 Los asesores contaban con un pelotón de morteros (tres piezas).

horas demuestra que realmente es la Unita. En la mañana nos lanza un ataque horroroso. Con nuestros morteros poco podemos hacer frente a su artillería y pronto nos quedamos sin municiones.

Trabajador del Complejo Arrocero Fernando Echenique, Veguitas, Yara, Granma.

Fernando Fuentes Rivero
Capitán, asesor de armamento, 36 años

Cuando Peraza informa a Luena, ahí surge una disputa; pues, del otro lado de la línea no creen que los hechos sean de tales proporciones y desde acá se tiene que hablar fuerte, hasta el enojo.

Teniente coronel (r), La Habana.

Antonio Enrique Lussón Batlle
Coronel, jefe de la Operación Olivo,[3] 53 años

Cangamba constituye una avanzada distante de otras fuerzas, incluyendo a las bases aéreas de Lubango, Huambo, Menongue y Luena.[4] A aquella tropa, rodeada y objeto de un descomunal ataque, se le crea una situación muy difícil. Por lógica, tenemos que darle todo nuestro apoyo. En primer lugar acude la aviación de combate. Pero las acciones del enemigo son de tal envergadura que, en pocas horas, los bandos

3 Misión a través de la cual asesores cubanos adiestraban a las unidades angolanas en la Lucha Contra Bandidos. Fue creada a mediados de 1981 por su primer jefe, el general de división Raúl Menéndez Tomassevich.

4 Ver Anexo 2.

pelean a veinte o treinta metros de distancia uno de otro y a los pilotos se les dificulta actuar.

General de división, La Habana.[5]

5 Antonio Enrique Lussón Batlle (Santiago de Cuba, 1930-La Habana, 2022). Combatiente de la clandestinidad y del Ejército Rebelde. Integrante del Segundo Frente Oriental Frank País. Dirigió la Columna 17 Abel Santamaría. Concluyó la guerra con los grados de comandante y participó en la Caravana de la Libertad. Ocupó diferentes responsabilidades en el Gobierno y en las FAR. Mereció el Título Honorífico de Héroe de la República de Cuba, y otras condecoraciones y medallas. Fue autor de varias obras literarias.

Yo toqué mi pecho y lo hallé lleno; toqué mi cerebro, y lo hallé firme; abrí mis ojos, y los sentí soberbios […].

José Martí

ÍNDICE

IV

Recoge que te vas para Cuba

Los combatientes con sus uniformes desteñidos y botas estropeadas cuchicheaban alegremente. Solo los inesperados movimientos del avión desdibujaban su regocijo. *Estos tal vez pronto regresarán para Cuba,* pensé. Por mi parte, nada más de imaginar que las aguas del Atlántico, visibles a la izquierda, se unían a las del Caribe me burbujeó el corazón; pero, los impulsos fueron pequeños y no fructificaron en alegría, sino en nostalgia.

El AN-26 continuó el descenso. Junto a los efectos de los cambios barométricos en mis tímpanos, sonaba y sonaba aquella maldita orden de Henry el 6 de julio [1983], cuando llegué al campamento después del incidente de Caimbambo: «Chiong, vas para Luanda, tienes que ver al médico».

Ya en el aeropuerto internacional 4 de Febrero atravesé la rampa de vuelo hacia el Regimiento Aéreo de Transporte, ubicado en el ala sur de la instalación. Mientras lo hacía recordaba mi arribo desde «el caimán» por ese lugar, unos tres meses atrás, a principios de abril de 1983, con el corazón pletórico de gratitud. El hecho fue precedido de una sorpresiva visita ministerial que, en Bayamo, me hizo una propuesta: «¿Quieres cumplir misión internacionalista como piloto de combate?» «¿Cuándo me voy?», le respondo sin titubeos. Así, después de once años de retorcijos en el alma, pude regresar a los cazas. Y en algunos de los MiG-17 estacionados en la rampa volé (período de instrucción)

aproximadamente un mes antes de trasladarme para el Regimiento de Lubango.[1]

En las afueras del comedor, antes del almuerzo e informado por el médico de la unidad de que el viaje al hospital militar sería en la mañana siguiente, tuve un amargo encuentro.

«¿Ya te entró el síndrome de Bayamo?», se explaya un piloto de helicópteros. En segundos deduzco que me compara con un piloto de AN-2[2] de mi ciudad, al cual, durante un vuelo, una ave planeadora le había parecido un Mirage sudafricano y a raíz de eso tuvo que regresar para Cuba bajo una crisis nerviosa. «No, a mí lo que me entró fue el síndrome del coño de tu madre», le riposto listo para la riña.

Pese a mis buenas relaciones con ese compañero, no podía permitir tal cuestionamiento entre los aviadores. Y más, si el contenido de esa broma era prueba elocuente de cómo los rumores ya revoleteaban en las unidades.

Antes de oscurecer marché junto a los tripulantes cubanos para el predio, un edificio en el interior de la ciudad. Con la cabeza en el cercano chequeo y atesorando mi continuidad en la aviación, me dormí más temprano de lo esperado.

Esa noche tuve un sueño tenebroso:

> Cumplía una misión de bombardeo. Voy picando contra el objetivo. De pronto el casco se me atraviesa. Intento

1 Regimiento aéreo de combate creado a mediados de 1982 y compuesto por: escuadrón angolano de aviones MiG-21 BIS y escuadrón mixto cubano de aviones MiG-21 R, MiG-21 MF y MiG-21 BIS, en el cual, los pilotos recién llegados a la misión continuaban su preparación combativa.

2 Entre los años 1982 y 1984 aviones cubanos del tipo AN-2 cumplieron misiones de exploración, enlace, transporte de tropas y recursos, evacuación de bajas y otros.

acomodarlo, pero es como si tuviera las manos soldadas a los mandos. Halo el bastón principal hacia atrás. Todo es en vano. Pujo con la garganta la cual casi estalla, sin embargo, no brotan palabras. Espero el ¡bang! que produciría el impacto contra la tierra.

Pero antes, despierto en sollozos. Retiro bruscamente la sábana y con las manos me limpio el sudor o las lágrimas de los ojos. Percibo mayor claridad a través de las ventanas. Desde la dirección del aeropuerto se oye un estruendo aterrador. Entonces pienso: *Esos deben ser los aviones que operan al amanecer.*

Temprano en la mañana salí para el hospital militar en un transporte del regimiento. No conocía la urbe, aunque a esa hora no me interesaban sus barrios, su gente ni sus micros vertederos. Solo pensaba en lo que pudiera ocurrir. Al fin apareció la renombrada institución y lleno de optimismo me zambullí en aquella atmósfera etílica.

Efectué los trámites formales y pasé a las consultas.

—¿Qué tiene? —pregunta el clínico. Después de darle una minuciosa explicación me ausculta por aquí y por allá, lanzando una andanada de interrogantes.

—¿Padece de mareos? ¿Se alimenta bien? ¿Tiene familiares epilépticos? ¿Tuvo malestares en otros vuelos?

Yo enmascaraba mi susto con falsa serenidad y medía cada respuesta. En lo único que le mentí fue en lo relacionado con los vuelos. Hubiera sido un suicidio decirle lo mismo que a Henry: «Cada vez que hago una acrobacia me la siento y quedo con mareos».

Luego fui para el local del oftalmólogo.

—Abra bien los ojos y mire para donde le voy a indicar. ¿Usa espejuelos? ¿Ha tenido falta de visión en otras oportunidades? ¿Padece de dolor en los ojos?

—¡No! ¡No! ¡No! —le respondo en busca de un diagnóstico favorable.

Después pasé para la consulta del ortopédico. Este, centrando la atención en el área de la cervical, presiona las vértebras. Pide que mueva la cabeza hacia varias direcciones. Hace algunas preguntas y anotaciones.

Concluido el paso de puro trámite por el resto de los especialistas, esperé con optimismo el llamado para realizarme algunas pruebas que entendí necesarias. Casi al mediodía se me acerca un doctor con un documento y pienso: *Esas deben ser las indicaciones para el encefalograma, el electro y los análisis clínicos.* Pero este, de buen humor, extiende la mano y expresa, entréguele a su jefe.

Malhumorado regresé al aeropuerto y más tarde al predio con aquel sobre de lacre rojo donde se leía: «Al jefe de la Fuerza Aérea de Olivo»; el cual me trajo malos presagios y una pregunta: *¿Por qué no recibí el dictamen de forma personal?*

Al anochecer, sentado en la cama, la desesperación colmó mi paciencia y, pese a los riesgos, decidí abrir el sobre. Con mucho cuidado introduzco una cuchilla de afeitar por debajo del sello y lo separo. Desdoblo el pliego de cierre. Y allí, en cómoda espera, veo una pequeña hoja. Mientras la extraigo y el corazón me retumba el tórax, pido a gritos internos encontrar palabras alentadoras en ese papel. Ya leo su contenido: «Sospechamos que el compañero padece ataques de epilepsia de corta duración, por tanto, recomendamos su inmediato regreso a Cuba».[3]

3 Cuando Chiong regresó a Cuba, después de la batalla de Cangamba, la Comisión Médica Central de la Aviación le diagnosticó una dolencia en la cervical; a pesar de eso, continuó volando los aviones AN-2.

Y esas palabras: epilepsia y Cuba, las cuales al instante me cincelan la mente, son la mayor muestra de que mi querida profesión una vez más se escurre. A pesar de todo, en minutos, las funciones vitales toman fuerzas y le devuelvo al sobre su estado original.

Bocarriba en la cama, poco a poco, comencé a reorganizar mi cabeza. Primero hice un plan para el encuentro con Henry. Preví las respuestas precisas, «esta palabra sí, esta no; si me dice esto, le respondo aquello». O sea, como lo hace el escritor con sus obras, limpié cada frase.

Luego, el sonido de los vehículos se tornó casi nulo y por la mente rodaron recuerdos de la aviación. Fue como la despedida de duelo o, mejor dicho, una autodespedida; aunque en ese caso el muerto no estaba en un ataúd, sino en una cama con los ojos más abiertos que un búho.

❖

Los cielos de China me trajeron las primeras sensaciones como aviador. Fue entre los 1961 y 1963. En los días iniciales viví de susto en susto y la autoestima en los pies, volando los acrobáticos YAK-18, bajo la tutela de un instructor llamado Tan Hongchiang. El más recordado fue aquel vuelo cuando, saliendo de una barrena,[4] le pegué un cabezazo a la cabina. Estuve a punto de soltar el corazón y los sesos. En los MiG-15, de superiores exigencias, la situación era análoga. Al final, el dominio de ambos se convirtió en un acto de felicidad.

4 Descenso brusco del avión girando sobre sí mismo, en espiral y posición vertical, cuando la velocidad de vuelo cae por debajo del límite permitido.

El regreso a Chaparra fue emotivo. Mi mamá, como cualquier madre, mezclaba el orgullo con un latente temor. Aquella frase: «¡Mi´jo, cuídate!», jamás se me olvidará. Por otra parte, las alabanzas de los amigos. Y las muchachas, ¡qué enamoradas!, aunque con los ojos, pues en esa época todavía las cubanas no tiraban piropos.

Muy pronto llegó la prueba de fuego. Comencé a volar los MiG-15 R, en la base de San Antonio de los Baños, subordinados al Escuadrón Cuatro de Reconocimiento. Como la etnia gitana, en corto plazo, junto a toda la unidad peregriné por San Julián, en Pinar del Río, y Santa Clara; hasta que en el año 65 hice vida fija en Holguín. Desde esos aeródromos operaba en misiones de exploración a través de las aguas territoriales. Generalmente, en pareja, me asignaban una cuadrícula por el mapa y hacia allí, en busca de barcos y lanchas piratas, partía con todo el honor del mundo. Tamaña sorpresa recibí en uno de aquellos vuelos.

De acuerdo con informes del mando superior se conocía que uno de esos barcos navegaba en nuestros límites jurisdiccionales, paralelo a la costa, de este a oeste. De antemano, en Holguín, fuimos reforzados con una escuadrilla de MiG-17. A la hora precisa despego hacia el norte de Gibara. Mi caza de entrenamiento y combate, UTI-15, lleva una cámara fotográfica debajo de la nariz. El número, en un MiG-15 BIS, con mayor poder de fuego, es el jefe de la brigada, subcapitán Albo Parras Salinas. A pesar de que para ese orden de vuelo el mando tuvo en cuenta mis experiencias en tales misiones, me siento incómodo.

Con la nariz en el Canal Viejo de Bahamas hago contacto visual y por radio con el avión IL-14 que sigue al buque. En minutos diviso el navío, al que la estela tras de sí le da gran porte. Alerto al número, quien se queda en una zona de

cobertura. Estabilizo a 2000 m y me preparo técnica y psicológicamente para obtener unas cuantas fotos. Casi aprieto el interruptor del equipo cuando veo unas bolas rojizas subiendo hacia mí: *Son proyectiles*, deduzco de inmediato. Parece que tengo el corazón en la garganta. Halo el mando hasta el vientre. Con la vista perturbada, huyo de esas bolas. En tanto trepo, decido volver a la carga. Completo el giro de 360º por lo corto. Desciendo a la altura anterior y de nuevo enrumbo hacia el barco. «¡Están tirando!», grita Albo. «Copiado. Copiado». No obstante, continúo hacia el objetivo sacándole una retahíla de instantáneas. Antes de que las balas me dañen, abandono el área. Pero inconforme, regreso al nodriza. Otra vez escucho la alerta de mi compañero. Barro la barcaza y complacido le trasmito al jefe: «Vámonos».

En otra oportunidad, iniciada la década de los setenta, me enfrenté a cazas americanos. Ya era primer teniente y volaba los interceptores MiG-21 F-13, superiores con creces al resto de los aviones cubanos. Ese día estaba en un reconocimiento próximo a Gran Inagua, posesión inglesa, al noreste de Baracoa. Ceñido a la papada del número, piloteado por el también primer teniente Nicolás Roque Ferrer, como a la del mío, un cañón de 30 mm. Debajo de las alas de cada aeronave, robusteciendo nuestra defensa, se prendían cohetes aire-aire del tipo K-13.

El puesto de mando nos informa que al parecer, procedentes de la base naval de Guantánamo, dos objetivos se aproximan a nuestra zona de operaciones. Con los nervios encrespados, de inmediato busco rumbo oeste alejando el lugar de cualquier suceso de las aguas de esa isla. Cuando concluyo la maniobra mis ojos divisan unos puntos suspendidos en dirección a la Ciudad Primada, Baracoa (primera villa fundada por los españoles). Informo a Roque. En instantes recuerdo

la orden de las autoridades del país: «Si los aviones enemigos vuelan hacia ustedes, vuelen hacia ellos y si les disparan, dispárenles». Entonces, como si exprimiera los mandos, pongo el cono hacia la presunta pareja de F-8 que ganan en tamaño. Fijo 800 km/h y mantengo 6000 m de altura; nivel semejante al de aquellos. Levanto la caperuza roja y acaricio, con el índice, el disparador. Aguanto la respiración y siento el sonido de un tambor dentro del pecho. Con la vista clavada en las narices de los intrusos, trato de adelantarme a sus intenciones. Ya están a distancia de tiro. *¿Qué pasará?* De súbito, rompen el vuelo horizontal y trepan dejando al descubierto las panzas relucientes. Buscan el rumbo contrario. Libero la energía acumulada. Los sigo y quiero dispararles. Pido autorización. «¡Negativo! ¡Negativo! Regresen a la zona de operaciones», escucho mientras observo a los F-8 en dirección al Paso de los Vientos.

❖❖

Ya el murmullo de los vehículos y las voces humanas comenzaban a llenar los espacios del predio. Para esa hora presentí que los músculos de los párpados cedían. Pero aún mi mente, revivida tras los recuerdos, volvió a deprimirse pensando o soñando en las etapas aciagas que, como esta, dejan heridas sin cura.

❖

En el año 1972 un hecho truncó mi carrera.

Producto de mi carácter rebelde me vi involucrado en una riña con un compañero y fui rebajado de vuelo. Luego me trasladaron para la base de San Antonio de los Baños, al frente de una pequeña unidad de aseguramiento a las aeronaves.

Allí, pese a mis esfuerzos por rebasar ese trance, encontré a algunos jefes en los cuales era visible la influencia de lo ocurrido en Holguín. Vivía bajo presión. No soportaba aquellos excesos. En pocos meses vi los sueños de regresar a los cazas desvanecidos y solicité la baja.

❖❖

En idénticas condiciones transcurrieron dos o tres días en aquel cuarto del predio de Luanda.

Una mañana tomé un avión de regreso para Huambo. Similar al vuelo de ida, viajaban varios cubanos. Pero a diferencia de aquellos, estos vestían uniformes como si estuvieran acabados de sacar de los embalajes. Ausentes las sonrisas y solo visibles las preocupaciones, característica de quienes se dirigen hacia el peligro, no tuve dudas de que esas eran sus primeras horas en Angola. En ese momento me di cuenta que, por el estado anímico, yo encajaba muy bien en aquel grupo.

Mientras el avión se desplazaba por la calle de rodaje hacia la rampa de vuelo, diviso la figura cercana al metro setenta y ademanes fogosos de Henry entre las aeronaves. Una vez más mis dedos rozan el bolsillo donde porto el sobre. Como hace el actor que repasa el guion antes de la escena, repaso las variantes de respuestas previstas. Después de un cordial saludo se lo entrego. «Henry, aquí te envía la comisión médica».

Frunce el ceño y, despacito, extrae la hoja. Dando paseítos me muestro ingenuo. De reojo observo cómo desplaza la vista por el papel. Levanta la cabeza lentamente. Mantengo el dedo en el gatillo listo para responder a sus balas con mis balas. Ya articula las palabras que brotan de sus labios en tono firme:

—Recoge las cosas que te vas para Cuba.

—¡No, yo no me voy para Cuba! ¡Mándame para un puente, una caravana o para donde tú quieras!

—¿Quién es el jefe aquí?, ¡cojones!

—¡El jefe eres tú, pero no voy a permitir que un día se diga que me rajé!

Un prolongado silencio, necesario para disminuir tensiones y dar otros pasos, se adueña de ambos.

[…] los guerreros tenían que preguntarse ¿dónde
están mis armas?
José Martí

ÍNDICE

V

Hace falta alguien allá abajo

Peraza

El apoyo de la aviación a Cangamba, ese primer día 2 de agosto de 1983 la cual ya había estado muchas veces por allí, es lo único que pedimos. Y digo así, ¡lo único!, porque detrás del resto de los refuerzos, las columnas blindadas que luego avanzan desde Huambo y Menongue,[1] las tropas especiales y otros; según vamos conociendo, está la mano del Comandante en Jefe.

Creo que este apoyo se atrasa un poco, pues llega al mediodía. Antes se presentaba más rápido. En algún momento me entero que habían surgido complicaciones en otra dirección. A su arribo, el enemigo tiene en poder casi un kilómetro de las defensas angolanas.

1 Se refiere a las columnas blindadas que, autorizadas por el Comandante en Jefe, salieron los días 3 y 6 desde Huambo y Menongue, respectivamente, compuestas por un batallón de tanques, uno de infantería motorizada, una batería de BM-21 y una batería antiaérea cada una. La segunda que salió de Huambo el día 8, estuvo compuesta por un batallón de infantería motorizada, una batería de BM-21 y otra antiaérea. Además, otras estuvieron listas allí y en otros puntos. Jorge Martín Blandino: *Cangamba*, Ediciones Verde Olivo, 2006, pp. 91, 166, 181 y 209.

Henry Pérez Martínez
Teniente coronel, piloto de aviones MiG-21 y jefe de la Fuerza Aérea de Olivo,[2] 40 años

Las primeras misiones de la escuadrilla de Olivo las cumplimos sin que nadie nos dirigiera allá abajo. Antes de salir de Menongue nos dan los objetivos de ataque, por ejemplo: la casa azul, el almacén... Luego volamos más de quince minutos y cuando llegamos las cosas han cambiado, la situación es otra; entonces nos preguntamos: «¿A qué le ti-ra-mos?» Como es lógico, nuestra efectividad disminuye, lo cual también confirmamos a través de las informaciones que Peraza envía a Luena.

Coronel (r), La Habana.[3]

Ramón Quesada Aguilar
Teniente, piloto de aviones MiG-21, 24 años

Considero que por el carácter de las acciones del enemigo, sus éxitos y, de forma general, la envergadura que al-

2 Arma subordinada a la Operación Olivo creada en marzo de 1983 con jefatura en Huambo. En su estructura se previeron helicópteros de transporte MI-8 y de ataque MI-25, aviones ligeros PC-7 de lucha antiguerrillera, aviones MiG-21 PF y MF, y aviones MiG-17; pero, muchos de ellos no se completaron.

3 Henry Pérez Martínez (Cienfuegos, 1943). Piloto de caza de la promoción 1961-1963 en China. Ocupó importantes cargos en unidades de la Defensa Antiaérea y Fuerza Aérea Revolucionaria (Daafar). Cumplió tres misiones internacionalistas en la República Popular de Angola. Posee la Orden al Valor Antonio Maceo, las órdenes Camilo Cienfuegos y Ernesto Che Guevara de Primer Grado, medalla de Combatiente Internacionalista de Primera Clase. Es autor de tres obras literarias.

canza la batalla, los pilotos enfrentamos una gran responsabilidad.

Se nos hace muy difícil lograr eficiencia en las misiones y, al mismo tiempo, seguridad propia sin la ayuda de un apuntador. Prueba de ello es que en los primeros días no somos efectivos; o sea, no dirigimos el armamento hacia los blancos fundamentales y sí amenazamos a nuestra gente, sobre todo, con las bombas, que llega a estar a 25 m de los kwachas. Todo eso lo puntualizamos en el puesto de mando.

Teniente coronel (r), La Habana.[4]

Osnel Ramos Soler
Soldado, jefe de pieza de mortero 82 mm, 32 años

Al mediodía de esa primera jornada llegan tres MiG y nos entusiasmamos. Pero como bombardean donde les parece, nosotros pensamos que son pilotados por las Fapla. A media tarde regresan y hacen otros pases. Sus bombas caen muy lejos.

4 Ramón Quesada Aguilar (Jiguaní, 1958). Durante su segunda misión en Angola, octubre de 1986, ocupó el cargo de jefe de Escuadrón en el Regimiento Aéreo de Combate de Lubango. El 28 de octubre de 1987 durante una exploración con el teniente coronel Manuel Rojas García, jefe de la Fuerza Aérea, en un avión MiG-21 UM (biplaza) sobre la región de Luvuei, Moxico, fueron impactados por un cohete antiaéreo portátil de la Unita y ambos tripulantes saltaron en paracaídas. Fueron hechos prisioneros por esas fuerzas y trasladados hacia su cuartel general en la Jamba, cerca de la frontera con Namibia y Zambia. Allí los mantuvieron hasta su liberación el 8 de agosto de 1988.

Para ese momento el enemigo ya no está a distancia de disparo, sino casi a punta de bayoneta.

Soldado (r), jubilado, Bayamo, Granma.

Guido Osmar Font Orasma
Soldado, tirador de lanzacohetes,[5] 20 años

Sobre las once de la mañana llega la aviación. Actúa bastante fuera de lugar. Cada vez que caen las bombas la gente grita: «¡Agáchense que no saben dónde estamos, están tirando a lo loco!»

Capitán (r), trabajador de Flora y Fauna, Sevilla,
Pilón, Granma.

Peraza

Producto al tiempo que llevamos ahí, donde como ya dije los MiG nos habían apoyado muchas veces, las habilidades adquiridas en la trasmisión de los datos a la aviación, por ejemplo: puntos de referencia, distancias... son considerables. Pero con la inconveniencia de que lo hacemos a través de Luena y, lógicamente, durante el tiempo transcurrido desde nuestra información hasta el arribo de estos, las condiciones del combate pueden ser otras y los pilotos encuentran serias dificultades.

5 Los asesores cubanos contaban con un pelotón de lanzacohetes antitanques del tipo RPG-7 (3 piezas).

Rigoberto Diosdado Riverón Álvarez
Mayor (r), piloto de aviones MiG-21, 42 años

Desde el mismo inicio de nuestras misiones, 2 de agosto de 1983, nos damos cuenta de que se necesita un apuntador, pues muchas veces no sabemos con exactitud a cuáles objetivos tirarles.

Mayor (r), La Habana.

Edilberto Lee Kim
Teniente coronel (r), piloto de aviones MiG-21, 40 años

Durante los primeros vuelos a Cangamba voy como número de Henry y, luego, con los pilotos de Lubango, lo hago de líder. Se nos dificulta tanto acertar al enemigo que todos decimos: «Hace falta alguien allá abajo».

Teniente coronel (r), Matanzas.

Pepito

Más o menos al mediodía llegan los cazas y, aunque ya el enemigo ha avanzado, actúan por el barrio 4 de Febrero. Pero en una de sus incursiones la metralla cae cerca de nosotros. Nos encojonamos y brota la protesta: «¡Coño, la misma gente de nosotros nos va a matar!».

Osnel

A pesar de que en horario nocturno la aviación no actúa, sobre las ocho los kwachas se retiran. Tomamos un respiro.

El deber debe cumplirse sencilla y naturalmente.
José Martí

ÍNDICE

VI

En la torre de control de vuelos

Chequeo los parámetros de los motores y del sistema hidráulico. Luego, la concordancia de la brújula y el trabajo del radiocompás. Le tiro un vistazo a los interruptores. Me ajusto la máscara de oxígeno. Inclino el bastón hacia los laterales varias veces y, de reojo, observo que los alerones se mueven. De paso veo a mi número a la derecha, pero algo a la zaga, en espera de esa señal. Quito el seguro de máxima potencia en la palanca de los gases. Aplico el forzaje con suavidad y antes de escuchar los bramidos de los motores suelto los frenos. La máquina, de un salto, se lanza en carrera desenfrenada. Halo la palanca ligeramente hacia atrás. Presionando los pedales mantengo el centro de mi senda. La raya discontinua de color blanco que me separa del otro caza y la yerba, al lado contrario, vuelan cada vez más rápido. Tengo la velocidad óptima. Siento cuando los trenes dejan el asfalto, entonces toco el mando al frente para contrarrestar la inercia que trata de levantar la nariz del avión. El suelo se aleja. Alcanzo diez metros. Guardo las ruedas y los flaps.

Imaginaciones como esa martirizaban mi cabeza cada vez que, desde la torre de control de vuelos del aeropuerto de Huambo, seguía el despegue de los aviones. En dicho aeródromo, más o menos a mil metros al sureste de la ciudad, la pista extendida por unos tres kilómetros de oriente a occidente y las dependencias administrativas y de servicio (salón de pasajeros, oficinas, hangares, talleres, almacenes) alineadas de norte a sur, rozando esa cabecera oeste, describían una T invertida. Aquella mole de concreto y cristal, con cerca de siete metros de altura, se levantaba próxima a

las mencionadas oficinas y a casi un centenar de la franja asfáltica.

A ese puesto comencé a subir junto a Chabrol, por orden de Henry, al regreso del chequeo médico, a mediados de julio de 1983. El oficio no me era ajeno, pues los pilotos en Holguín cumplíamos tal actividad durante los vuelos de preparación combativa. Y allí en Huambo, aunque fortuitamente, ya había actuado en esa instalación.

❖

Ocurrió, recién llegado de Lubango. Estaba en el campamento y alguien, no recuerdo quién, grita: «¡Chiong, corre que Hano Momo[1] y la Agripina se están cayendo!»

Sin pedir autorización le ordeno a un chofer: «Arranca y vamos para el aeropuerto, que ese es un amigo mío de Bayamo».

Bajo continuo rastreo del cielo rumbo a la base y gritos al pobre soldado para que violente el vehículo, devoro la estrecha carretera. Ante la mirada curiosa del público busco la escalera de la torre. Mientras la subo me doy cuenta de que estas agitaciones ya no son para mi edad. Alcanzo los últimos peldaños. El controlador aéreo angolano desmesura los ojos. Intenta hablarme. No le hago caso. Apoyo las manos sobre la mesa de trabajo, próximas al micrófono. Como lo hace el as-

1 Emilio Santiesteban Ramírez (1948). Piloto de aviones AN-2, primer teniente de la reserva, le llamaban así por su parecido a uno de los personajes protagónicos de la popular aventura *El corsario negro*, que en esa época trasmitía la Televisión Cubana y, a su avión manchado, le decían así, Agripina, comparándolo con la cotorra que, permanentemente, el personaje Hano Momo portaba en sus hombros.

mático tomo bocanadas de aire, en tanto dirijo la vista hacia la cabecera este para, desde allí, barrer el espacio. Y en esa dirección diviso un punto con líneas laterales que parecen alas. *Es aquella,* digo para mí.

«¡Dale mi hermano, que estás llegando! ¡Guapea, coño, guapea!», le trasmito por la radio con pujos en la garganta producto al cansancio y, además, a la emoción.

Agripina continúa descendiendo sobre los negros bosques. Un halón más. Otro, otro y veo que se desploma; aunque, en el concreto. Vacío los pulmones, mas, aún sigo tenso. Espero la voz de Santiesteban. Y en segundos esta resuena entre los ventanales de cristal: ¡Agripina aterrizó... todo bien!

Solo así, y en debida disculpa, me dirijo al negro angolano:

—Primo, ¿voce ta bom? (Amigo, ¿usted está bien?).

—Muito bom chefe, muito bom. (Sí, muy bien jefe, muy bien).

❖❖

Cada mañana me trasladaba en un camión junto a los tripulantes de los cazas y de los helicópteros desde el estado mayor de la Agrupación de Tropas del Sur (ATS)[2] —en el borde suroeste de la ciudad— hacia el aeropuerto ubicado a unos tres kilómetros.

Durante las primeras horas me mantenía con muchos de los compañeros en los espacios más cálidos de la rampa de

2 Mando intermedio para dirigir las unidades situadas en el sur de Angola (línea Menongue-Mocamedes) creado por idea del Comandante en Jefe en julio de 1982 y subordinado a la Misión Militar. Su primer jefe fue el general de división Leopoldo Cintra Frías. José A. Gárciga Blanco: Ob. cit., *Misión Olivo*, pp. 107 y 108.

vuelo en espera de las misiones combativas. Cuán rápido el sol se calentaba llevándose el frío, corría con estos para un toldo que, montado sobre cuatro estacas en el borde delantero del estacionamiento, era como un refugio.

A la orden de Henry unos arrancaban para las máquinas; Chabrol y yo, hacia la torre. Disponíamos de documentos y medios de trabajo: los libros de cronometraje[3] y emergencia en vuelo,[4] la pistola de señales,[5] los binoculares, el equipo de radio. Del controlador angolano se obtenía la situación del tráfico aéreo. Entonces, en dependencia de la misión, quien tuviera el mando entre los dos, esperaba las voces de los pilotos o sus maniobras en radio silencio. Luego, el *impasse* y la espera donde los ojos, los oídos y el reloj eran aún más importantes.

A veces el tiempo, holgado, me permitía compartir criterios con Chabrol o el angolano. Pero, generalmente, unos recuerdos no faltaban. Eso ocurría al recorrer con la vista la Agripina de camuflajes que, en un ángulo de la rampa, semejaba clamar la cura de su motor.

❖

En el año 1975 sentí alivio en el alma cuando, por gestiones personales, comencé a volar ese tipo de avionetas. Lo hice en el Destacamento de la Aviación Agrícola de Bayamo, lugar cercano a mis hijos Julio César y Olga Lidia, que radicaban en

3 Documento que se lleva en la torre de control de vuelos para anotar la hora de despegue y aterrizaje de las aeronaves, así como otros datos de interés.

4 Documento que se lleva en la torre de control de vuelos que recoge todas las posibles emergencias de las aeronaves y las correspondientes acciones de las tripulaciones.

5 Pistola para lanzar bengalas de diferentes colores que se lleva en la torre de control de vuelos con el objetivo de indicarles a los pilotos las diferentes señales establecidas para cada acción cuando se pierden las comunicaciones por radio.

Holguín. Campos arroceros, plantaciones cañeras y de cultivos varios recibían mis beneficios desde esas aeronaves.

Además, otra actividad me marcó. Hago referencia a la distribución de la prensa escrita en toda la región oriental. Las extensas rutas, por lo general, a través de macizos montañosos donde saltaban los deseos de empujar el avión desde atrás, imponían condiciones límites bajo la influencia de peligrosas corrientes atmosféricas. En esos menesteres acumulé miles horas de vuelo, que fueron agregadas a las centenares de la aviación de combate.

En una de aquellas travesías estuve en graves aprietos, similares a los de Santiesteban. Ocurrió en el año 76 o 77. Ese día me monté, para un asunto personal, en uno de los tres aviones que voló a Santiago de Cuba a recoger la prensa. Al regreso, con la ciudad de Palma Soriano a la derecha, estaba de pie en la puertecita de los tripulantes. Las últimas montañas de la Sierra Maestra desaparecían debajo. Solo quedaban delante algunos cerros, un tanto escapados del macizo. A través de sus ventanas, la llanura del Cauto, esplendorosa, nos anunciaba a Bayamo.

De súbito, proveniente del motor, comienza a oírse un sonido anormal. «Eso tiene problemas», le digo al escolta que ocupa el asiento derecho. Pero de inmediato reflexiono y le repito lo mismo al capitán de la nave. Aún la frase rebota en el pequeño espacio cuando se escuchan unos fuertes «pa pa pa», seguidos de bocanadas de humo, las cuales difuminadas por el flujo de aire nos traen un vaho a bencina. Desde mi posición veo cómo disminuyen las revoluciones del motor. Sin espera, de nuevo, voceo al capitán: «¡Es mejor aterrizar!» Seguidamente giro la cabeza hacia el responsable de la prensa que está sentado próximo a la puerta principal. «Vamos a botar todo esto», le grito mientras lanzo paquetes al espacio. Pasan unos

segundos. Ante la ausencia de las esperadas maniobras para el aterrizaje, retorno a la cabina. Pero el capitán se me adelanta:

—Después de esa loma aterrizo.

—No te da tiempo, tírate en el cañaveral que está antes —lo increpo.

Me atropello al fondo. Mientras derrumbo bultos, le vocifero al resto de los pasajeros —cuatro en total—, «¡agárrense bien!» Yo, afianzando los pies al piso, exprimo un pasamano.

Descendemos hacia el campo. Ya veo, a través de una escotilla, las olas del mar verde deslizarse. Están más pegadas. De pronto un bullicio enorme, fácil distinguible entre el ruido del motor, que suena más o menos así: «sa sa sa ta ta ta»; inunda el entorno. La claridad se opaca. Los olores a hoja de caña, a guarapo, a materia orgánica se unen al del combustible. La nave rebusca las raíces de las plantaciones. Avanza decenas de metros arrasando con todo. Al fin, se detiene exhausta. El impacto levanta mis piernas, pero no suelto el tubo. Siento dolor en una rodilla. Los demás se sacuden en medio de la carga removida. Todos saltamos y corremos cual especies salvajes entre el plantío.

❖❖

Cuando tengo el mando en la torre y la voz «final», con su torrente de emociones y antecedida por el indicativo del piloto, golpea mis oídos, dirijo la vista tras los binoculares hacia el rumbo de acercamiento. Verifico que los tres puntos (tren de aterrizaje) del MiG sean visibles y le cedo la autorización. En instantes, una frase: «Flaps afuera», me obliga a trasmitirle las condiciones meteorológicas del campo: dirección del viento, velocidad, presión atmosférica. Luego, extasiado, sigo su aterrizaje y, al final, el carreteo hasta la rampa.

Así fui consolidando las habilidades en la nueva actividad y cuando Chabrol se fue con su MiG-17 para Menongue, en apoyo a los «Olivos», yo manejaba la situación. Dentro de la imposible cura mi estado depresivo tuvo mejoras.

El día 24 de julio de 1983 mis tres amigos: Henry, Lee Kim y Riverón,[6] volaron para esa misma ciudad, capital de la provincia de Cuando Cubango; ubicada a unos trescientos kilómetros al sureste de Huambo. Llevaban la misión de actuar sobre una aldea llamada Cangamba. Chabrol actuaría como torrero.

Tras el regreso, el 26, vinieron los comentarios que generalmente sucedían a cada misión. En esa oportunidad vi a Henry preocupado ya que, según contó, a pesar de los reportes sobre la presencia de significativas fuerzas de la Unita en la zona, poco pudieron ver y las acciones de la escuadrilla fueron inexactas.

Transcurrida una semana, el 2 de agosto, los chorros (por el chorro de gases que desprende la turbina) repitieron aquel viaje; pues, como escuché, la situación en Cangamba estaba empeorando.

Pero no se fueron solos, ya que recibí la orden de trasladarme hacia allá.

Extraigo el aseo personal y la ropa interior de la caja de cohetes que me sirve de closet, los acomodo en la pequeña bolsa donde se portan las máscaras de oxígeno de los chorreros, que uso como mochila. Aseguro el regalo que Henry me había hecho en Lubango: la grandona pistola ZK (pistola ametralladora de fabricación polaca, calibre 9 mm). Cuando pasado el mediodía regresan los melones (por su forma y

6 Pilotos de la Fuerza Aérea de Olivo que, al igual que Chiong en sus inicios, pilotaban los aviones MiG-21 PF.

camuflaje) de Chitembo, junto a los técnicos y el utillaje,[7] sigo a los cazas.

Durante el vuelo, contrario a mis experiencias sobre avionetas, en sentido contrario no se desplazan arroceras y cañaverales, sino, bosques salpicados a ratos por espacios donde la yerba amarillenta parece llamar la lluvia; zigzag de ríos, muchos secos; aldeas como las de nuestros indígenas —según los libros de historia— de donde, cual haz, al paso del helicóptero, se escabullen negritos sacándome exclamaciones. Reflexiono que desde cualquier parte de ese paisaje los rebeldes de la Unita, como los que actúan sobre Cangamba, pueden causarnos daños.

Bajo tal distracción se esfuma el viaje y, con la sorpresa de la maniobra hacia la pista, me siento en Menongue, una pequeña ciudad sin el resguardo de montañas, propio de Huambo.

El modesto aeropuerto, situado a unos dos kilómetros al noreste de la capital, tenía la pista en dirección semejante a la anterior, pero a diferencia de aquel, sus escasas dependencias se alineaban al sur, con la excepción de que carecía de torre de control. Por lo tanto, los vuelos se dirigían desde un vehículo CKP-9,[8] ubicado a unos cien metros al norte de la cabecera del sol poniente.

De inmediato me ordenan ocupar dicho punto móvil, donde ya está Chabrol, y del cual conozco que para ese momento los aviones ya habían incursionado hacia Cangamba.

7 Conjunto de útiles, instrumentos y medios (escaleras, calzos, tapacetes, cubetas, etcétera), para el aseguramiento de las aeronaves en la rampa.

8 Furgón que en la parte superior posee condiciones técnicas y visuales para dirigir la aviación. Aparece en testimonio gráfico.

A media tarde entran llamadas; sin embargo, los indicativos son poco familiares. En la medida que los aviones descienden a la pista los voy contando: 1, 2, 3, 4. Antes de que el humo cenizoso, producto al contacto de sus neumáticos con el asfalto, se proyecte hacia atrás los identifico como MiG-21 MF y MiG-21 BIS de Lubango.

Su arribo permite crear un grupo de ataque de nueve aeronaves, al frente del cual van Henry y Lee Kim. Estos regresan con los colores del crepúsculo y, al hacerlo, encuentran a otra pareja de MF recién rebasificada.

En esa jornada no solo los cazas tocan la pista, además, lo hacen unos aviones de transporte y otros dos helicópteros Mi-8. Desde la distancia que me separa no puedo precisar sus cargas, pero sí distingo un inusual ajetreo a su alrededor.

Detrás del último MiG, presuroso, dejo el CKP-9 junto a Chabrol. Paso por la rampa que, nutrida, augura días convulsos. Por allí están el mayor Raúl Fernández Sánchez, quien junto a mí, Henry, Lee Kim y Riverón, procede del grupo de China; Oscar Romero,[9] uno de mis alumnos en los aviones MiG-15 UTI en Holguín. El resto: Quesada, Alonso, Lombides y Fidelito;[10] son de las nuevas generaciones que había conocido en Lubango. En casi todos florecen preguntas relacionadas con mi salud y el incidente.

Luego se habla de Cangamba. Cuando me voy a descansar,[11] algunas frases de los compañeros, tales como: «Los

9 Mayor Oscar Romero Lezcano, jefe del Regimiento Aéreo de Combate de Lubango (fallecido).

10 Teniente Ramón Quesada Aguilar; capitanes Félix G. Alonso Rodríguez y Jorge Lombides Chamizo, y el teniente Fidel Pérez Fijeira.

11 Para el descanso de los pilotos en Menongue, se usaba como casa una antigua estación de ferrocarril en el borde este de la ciudad.

kwachas están muy cerca», «los tienen rodeados», «es difícil dar en el blanco», martillan mi mente.

Debe hacerse en cada momento, lo que en cada momento es necesario.
José Martí

ÍNDICE

VII

La persona ideal para esa tarea es Chiong

Henry

A inicios de la madrugada del día 3 de agosto, Lussón llega a Menongue. Reúne a los principales jefes. Escucha informes y comunica que desembarcará en Cangamba junto a las Tropas Especiales. Al instante decido enviar a alguien en el grupo con una planta de radio para, si en algún momento es necesario sacar al coronel de allí, tener garantizadas las comunicaciones. Enseguida pienso que, por el carácter, el valor y la ecuanimidad, la persona ideal para esa tarea es Chiong. Incluso, ni mis buenas relaciones con él desde los estudios en China me conduelen. Está en la guerra, expuesto a sus riesgos y tiene implícito que puede morir.

Lussón

Así surge la idea del apuntador El Chino, quien había sido un buen piloto, pero ya no está volando.

Antonio Telmo Almenares
Teniente coronel, expiloto de aviones MiG-21
y jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea de Olivo, 40 años

Hago relaciones con Chiong cuando el Comandante en Jefe nos plantea que para ser pilotos tenemos que probarnos

en los Cinco Picos,[1] y como jóvenes ansiosos de servir a la Revolución nos llenamos de entusiasmo.

Después del chequeo médico en La Habana salimos hacia allá. Acampamos en Pino del Agua. En algún momento uno del grupo se acuesta en mi hamaca. Le corro la amarra. El tipo cae al suelo. Reacciona y me va para arriba a piñazos.

No puedo defenderme. El Chino intercede y le grita: «¡No, ven que la bronca ahora es conmigo!»

Desde entonces conozco a ese Chiong solidario. Esto se reafirma cuando va como apuntador para Cangamba.

Teniente coronel (r), La Habana.

Lee Kim

Nunca pensé que esa misión caería sobre mi amigo Julio; pero, tampoco me asombra su respuesta ante tantos riesgos. Conozco sus valores.

Orlando Calvo Montes de Oca
Coronel, piloto de helicópteros Mi-8 y segundo jefe
de la Fuerza Aérea de Olivo,
44 años

Chiong es una persona muy capaz. Nos conocemos desde nuestras misiones en la base aérea de Holguín.

Coronel (r), La Habana.[2]

1 Idea de Fidel Castro a través de la cual, en los primeros años de la Revolución, muchos jóvenes se fortalecían física e ideológicamente al ascender cinco veces el pico Turquino.

2 Orlando Calvo Montes de Oca (Santiago de Cuba, 1939). Combatiente de la lucha clandestina, miembro del Ejército Rebelde en el Segundo Frente Oriental Frank País. Integró la Columna 19 José Tey bajo el mando del comandante Be-

Riverón

Se le da la orden a Chiong. Ve la necesidad de ayudar a los compatriotas que están cercados y se va con Lussón.

Peraza

El día 3, bien temprano, el mando de Luena nos informa que sobre las diez de la mañana llegarán un médico y un apuntador de aviación junto a otros combatientes cubanos. De inmediato tomamos un grupo de medidas, por ejemplo, trasmitimos la ubicación del lugar que les garantizará alguna seguridad al desembarco; enviamos hacia allí a unos cuantos compañeros para que les sirvan de guías; realizamos maniobras de engaño y enmascaramiento para despistar al enemigo del área de aterrizaje.

Los helicópteros arriban a la hora señalada y repiten los viajes. La tormenta de metralla, humo y polvo no se hace esperar. Hasta el anillo interior son unos cuatrocientos metros y, entre esa odisea, aún bien tarde, faltan muchos soldados por recorrerlos.

Osnel

A primeras luces el enemigo repite la preparación artillera, tal vez, más fuerte que la anterior. Cuando concluye inicia

larmino Castilla Mas. Participó en la búsqueda del comandante Camilo Cienfuegos; en tareas de rescate y evacuación durante el ciclón Flora y en acciones de apoyo a la LCB, entre otras. Ocupó diversas responsabilidades en las FAR. Cumplió misiones internacionalistas en la República Popular de Angola (1976-1977) y (1983-1984). Posee las órdenes Por el Servicio a la Patria, Camilo Cienfuegos y Ernesto Che Guevara de Segundo Grado y otras medallas por sus destacados méritos.

la ofensiva y llega hasta las posiciones de ayer [2 de agosto]. Al detectar los desembarcos los acosa constantemente. Los MiG apoyan, pero a falta de que alguien los dirija, continúan sin efectividad.

Laureano Noa Almeida
Soldado (r), chofer, 22 años

Al segundo o tercer día se riega por las trincheras que vienen refuerzos. Tengo la oportunidad de participar en su acompañamiento. Algunos, en el grupo de guías, realizan acciones de engaño con sábanas y mosquiteros para confundir al enemigo; mientras otros señalan el área exacta del desembarco. Regresamos a través de los más o menos quinientos metros como nos fuimos: a gatas, a rastras o describiendo zigzag. Pero ahora la Unita nos hace fuego desde ambos flancos. Llegan los aviones. Uno lanza una bomba por allá y otro pica hacia nosotros. Pienso que nos han confundido y nos van a meter la metralla encima.

Teniente (r), cuentapropista, Manzanillo, Granma.

Melchor Lores Matos
Sargento de primera (r), comunicador principal, 21 años

La misión mía, junto al Abuelo[3] de Guisa, es en el puesto de mando. No obstante, el día 3 participo en el apoyo al desembarco. Peraza me manda con un mosquitero para indicarles a los pilotos el lugar escogido.

3 Se refiere al soldado de la reserva Ángel Estrada Ramírez, comunicador de la jefatura. Conocido como el Abuelo, por aparentar más edad de la real.

Sargento de primera (r), campesino independiente, Majana-Yara, Baracoa, Guantánamo.

Ventura Reyes Núñez
Sargento de tercera, tirador de fusil (primer refuerzo),[4] 19 años

Aterrizamos sobre las diez de la mañana. Veo que por allá, como diciendo, «avancen», nos hacen señas con gorras y con las manos. El enemigo pone mucho fuego sobre nosotros: fuego de fusilería y morteros. Pasadas las tres de la tarde es que podemos recorrer los centenares de metros.

Sargento de tercera (r), San Ramón, Campechuela, Granma.

Luis Ángel Calzada Dellundé
Soldado, tirador de fusil (primer refuerzo), 19 años

Los MiG nos acompañan durante el desembarco. Bien tarde ocupamos las trincheras. De nuevo suenan los aviones. Se oye un silbido y cae una bomba a unos sesenta metros. Todo tiembla. Me siento frío.

Soldado (r), agente de Seguridad y Protección, Media Luna, Granma.

Fuentes

Cuando concluyó el desplazamiento de todos los compañeros confirmamos la información de Luena, referida a que el apuntador y el médico no estarían entre ellos.

4 El día 3 llegaron 102 combatientes cubanos procedentes de Luena, bajo el mando del subteniente Bernis Humberto Rivero. La mayoría pertenecía a la 44 BIL.

Ni cesarán jamás los combatientes aguerridos [...] ni se desalentarán por fracasos repetidos.
José Martí

ÍNDICE

VIII

Frustración en la chana

Casi concluye la madrugada (cinco y treinta) del día 3 de agosto de 1983 y bajo el «suig suig» que emiten las aspas del helicóptero, me alejo de Menongue. A mi izquierda va Fernando, ayudante angolano (también escolta personal) de Lussón, luego, el propio coronel. A la derecha, un trigueño de fuerte complexión, el cual, en abrigo negro, desentona entre el camuflaje del resto, incluyendo a los soldados que completan la cabina.

❖

Recuerdo que anoche, no sé a qué hora, sentí unas palmaditas en la cara, sacudidas del cuerpo y voces lejanas. Desperté y reconocí a Henry.

—¡No jodas más, compay! —le reprocho. Pero de inmediato me agrega:

—Chiong, es en serio. Nuestros hermanos están muriendo en Cangamba. Les hace falta un apuntador. Pensé en ti. Si estás dispuesto te vas mañana con Lussón y las Tropas Especiales.[1]

Cuando concluye estoy sentado en la litera y le suelto en seco:

—¡Claro que sí!

1 Se refiere a los cincuenta y siete combatientes de la Compañía de Destino Especial de la Misión Militar que partirían en las próximas horas y cuyo jefe era el mayor Rafael A. Ramos Fajardo.

Él aún permanece unos segundos allí. Antes de marcharse me manotea un muslo y añade:

—Tienes que proteger al coronel.

Y con el enjambre de pensamientos que generan tales encomiendas trato de reconciliar el sueño. El de pie fue sobre las cuatro. No comí nada. Tirité con el resto de los compañeros en el transporte hacia el aeródromo. Al llegar fui testigo de un inusual ajetreo de personas y vehículos. Caminé para la rampa, donde, a intervalos, las luces de los automotores desenmascaraban las aeronaves. En torno a estas, como luciérnagas, las linternas de los técnicos no dejaban de moverse.

No anduve mucho, pues próximo a una pipa de combustible soy interceptado por un joven oficial. Recibo una planta de radio[2] y, bajo las luces del camión, trata de instruirme en su manejo.

—¡No, que la impedancia...!

—¡Compay, no me digas de impedancia que me vas a joder, dime dónde se enciende esto, dónde se apaga y cómo se comunica!

Cuando terminó, otro oficial, alguien de Olivo, como si hubiera aguardado en la penumbra, se acerca, me entrega un fusil, más ciento cincuenta cartuchos. En un santiamén, con los cargadores a la cintura, el AK plegable en el hombro izquierdo y la planta R-809, cual maleta en la mano derecha, avancé hacia el torbellino formado por los cuatro helicópteros; algo que ya hacían hileras de sombras humanas.

Bajo la iluminación que desparramaban las luces interiores de las aeronaves pude divisar las siluetas de Lussón y Henry próximas a una de estas. Fui para allá y embarqué. Luego lo hi-

2 Estación de radio R-809 de onda ultracorta para dirigir la aviación en condiciones de campaña.

3 Resistencia aparente de un circuito al flujo de una corriente eléctrica alterna.

cieron unos soldados de repletas mochilas. Le pregunto a uno: «¿Cuántos tiros tú traes?» ¿Yo?, 600. *Eso empieza a preocuparme.*

❖❖

Desde el despegue no se ha oído ni una palabra. Mientras mi vista a veces choca con los firmes rostros de los combatientes y otras se pierden entre las siluetas del paisaje, me imagino desembarcando en Cangamba. De acuerdo a los reportes que llegan desde allá, no descarto la necesidad de usar el fusil antes que la radio.

❖

Sumido en esos pensamientos regreso a 1975.

Ya había ingresado a la Aviación Agrícola. Un interesante rumor comenzaba a saltar entre la población: «Están mandando gente para la guerra de Angola». Llamé a Hugo Carnet Carassou, primer teniente, expiloto de combate y compañero en el Destacamento de Bayamo. Nos pusimos de acuerdo y fuimos para el Comité Militar provincial.

—¿Qué desean? —nos pregunta el jefe de Cuadros.

—Conocemos que están enviando tropas para la guerra de Angola y desearíamos cumplir con nuestro deber internacionalista —le respondo.

—¿De qué especialidades son ustedes?

—Infantes. Hemos servido en compañías de ametralladoras.

—Déjenme ver sus identificaciones.

En tanto, el capitán lee los datos, siento una frialdad a través del cuerpo y, de reojo, veo que a Hugo tampoco le va muy bien.

—¡Compruébame ese código! —le grita a otro más atrás.

Dedico ese tiempo a preparar la defensa.

—¡Pilotos de combate! —responde aquel.

El oficial, en estos segundos rojizo, a pesar de su piel negra, se vira para nosotros.

—¿Me están engañando, coño? ¿Y esa falta de respeto? —hace una pausa, mientras nos recorre con la vista.

Parece que nuestro silencio lo va relajando, porque en breve agrega en tono diferente, los pilotos solo pueden ser movilizados por la Daafar o el Estado Mayor General (Minfar). Si algo se decide los llamaremos.

❖❖

Ante el alba, la bruma permite divisar espacios verdosos, ocres y oscuros en la vegetación. Mi Poljot, de esfera negra, indica que hemos rebasado la hora de vuelo. *Debemos estar cerca*, digo para mí, en tanto la cosquillita del vientre aumenta. Pasan unos minutos y el helicóptero comienza a encabritarse como si fuera un potro. El «suig suig» se mezcla con un «ta ta ta». Todo vibra. Los vistazos al paisaje son continuos. La tierra se acerca.

Lussón se remueve en su puesto. Le gritan algo desde la cabina de pilotaje. Mira hacia afuera. Se ve molesto. El ayudante le abre la puerta. La aeronave toca tierra encima de la agitada yerba. Restos de la naturaleza entran con sus olores. El coronel inicia el desembarco.[4]

Aseguro la planta en la mano derecha; el fusil, en la contraria. Advierto que ascendemos, pues los soldados se pierden como en

4 El desembarco se produjo a las seis y cincuenta y cinco de la mañana. Según las declaraciones del general de división Antonio E. Lussón Batlle, este se realizó a unos quince kilómetros al noroeste de Cangamba, en la chana del río Cocoio y próximo al camino viejo de Tempué. Decisión tomada en el aire por el teniente coronel Henry Pérez Martínez (jefe de la pareja de MiG-21 que daba cobertura) y el coronel Orlando Calvo Montes de Oca (jefe de la escuadrilla de helicópteros), teniendo en cuenta lo riesgoso de realizarlo directamente en la aldea, bajo constante fuego enemigo. Ver Anexo 3.

un precipicio. Voy a la puertecita de los pilotos y le grito al jefe de nave, coronel Calvo: «Baja, baja más». Este tira una instantánea mirada hacia mí, no obstante, continúa en la lucha con los mandos. Sé que saltar desde esos casi dos metros puede traerle serias consecuencias a mis piernas, también a la R-809. Estoy solo. Insisto otra vez, al tiempo que trato de mostrarle la radio. «Tírate». «Tírate»,[5] escucho como consuelo. Un fogaje me recorre el cuerpo. Coloco el equipo en el borde de la puerta y salto. Caigo de pie, pero la inercia y el flujo de aire me inclinan al frente. Cual felino, recupero la posición, presto a rescatar la planta. Sin embargo, consternado, veo que el helicóptero hunde la nariz y se va.

En mi interior bullen improperios para el piloto. Vuelvo en sí. Busco orientación. Distingo la figura del coronel junto a Fernando y el mulato, alejada a unos metros.

Camino para allá pateando la hierba, al inicio verdosa por la humedad de la chana (área generalmente cubierta de maleza baja que existe a ambos lados de una vía fluvial) y luego reseca. Los soldados, aún en desorden, se apresuran desde sus puntos de desembarco y van organizando la defensa. Mientras avanzo, varias cuestiones se agolpan en mi mente: *¿Qué hago yo aquí sin la radio? ¿Cómo enfrentar a Lussón? No se ven rastros de Cangamba*. Llego al grupo. Tras el electrizante vistazo del jefe viene su pregunta.

—¡Chino!, ¿dónde está la planta?

—Mire coronel, va en aquel helicóptero. Calvo no quiso bajar y se la llevó —casi en firme espero la reprimenda, pero esta no llega. Percibo algún relajamiento en mi interior.

5 Según las declaraciones del coronel (r) Orlando Calvo Montes de Oca, él despegó cuando todos los combatientes habían desembarcado.

Después de observar la chana, desprovista de árboles, Lussón avanza en dirección a un área boscosa que se distingue a más de trescientos metros. Imito a los demás y lo sigo. Ya en esta, muy rala, busca un árbol caído. Enseguida las Tropas Especiales circundan el punto en amplio radio.

Me quedo a unos diez o doce metros junto al trigueño, en el cual descubro otras irregularidades: calza tenis de las Fapla, está desarmado y tiene apariencia de masa inmóvil. Sin espera, curioseo en voz baja con él.

—¿Dónde está tu arma?

—Soy el médico.[6] Traía una pistola aquí, entre el pantalón y el vientre, pero se me perdió cuando salté del helicóptero.

Al instante le agrego:

—Trata de mantenerte cerca de mí y si caigo o soy herido coges este fusil. ¿Y dónde están los medicamentos?

—También los perdí allá.

Esa desdicha, por encima de la otra, me alarma. A pesar de que cercano al palo seco el coronel con su indignación, parece hundir el suelo, le informo lo ocurrido.

—¿Cuál es tu propuesta, Chino? —me agrega, para tranquilidad propia, en buenos modales.

—Que nos autorice regresar al área del desembarco, quién sabe si encontremos algo.

Con su aprobación y bajo alerta, pues no he olvidado que estamos en territorio de la Unita, retorno con el galeno sobre las anteriores huellas. Al hacerlo, aprecio que el paisaje del otro lado de la chana es similar al de acá, aunque el bosque está más distante.

6 Pertenecía a la colaboración civil del hospital de Menongue. Fue imposible obtener su nombre.

El área desgreñada, como ocurre después de un torbellino, me ubica. Cuatro piernas junto a cuatro brazos, primero en el centro, luego hacia los bordes, después fuera de estos, la remueven. Aparecen algunos medicamentos, pero, según el médico, es una cantidad ínfima. De la P-38 no hay rastros. Lo que sí encuentro es un magazín de pistola Browning. Tras el regreso informo los resultados y, como Lussón porta un arma de ese tipo, le entrego el cargador.

Me lancé sobre un espacio pelón a un paso del médico. Mientras meditaba que a pesar de las indicaciones del sol, aún no sabía la ubicación de Cangamba, veo al coronel extraer un mapa de la sumka.[7] En el acto escucho su llamada. Me le acerco. «Chino, nosotros debemos estar por aquí y este camino hacia acá. Desplázate y trata de encontrarlo», me explica auxiliándose en el documento que ha extendido sobre el tronco del árbol.

Aprieto el fusil en la mano derecha y, con ligera inclinación, avanzo buscando las áreas de espesura. Lo hago tenso, a la vez que medito: *¿Por qué me habrán enviado solo?* Entre más me alejo trato de que las botas, en toqueteo con la hierba de tallos finos, duros y escasas hojas, sean menos ruidosas. Cuando creo haber recorrido cientos de metros tiro una ojeada atrás, pero favorecido por el espacio entre los árboles, veo que no llega ni al centenar. Doy otros pasos y descubro una franja sin maleza. *Ese debe ser el camino*. Llevo el fusil a la posición de combate. Mi corazón se inquieta. Continúo cual fiera antes del zarpazo. Escojo un arbusto de ramas bajas. Me tiendo. Pongo el seguro en ráfagas. Alargo el cuello y casi rozo un sendero de unos dos metros de ancho donde se observan huellas de humanos y de vehículos.

7 Vocablo del idioma ruso que significa carpeta, muy empleado entre los combatientes de las FAR.

Barro continuamente el espacio que me permite el ángulo visual. *Si aparecieran civiles los detengo, pero si fueran militares corro e informo a Lussón.* Comienzo a tomar decisiones personales. Aunque en verdad no deseo ni lo uno ni lo otro. En cada recorrido ejercito la puntería, aquella que años atrás fue muy certera en los campos de tiro en Cuba y contra los patos zambullones en el río Bayamo. Pasan los minutos. Las escenas y los sonidos que sigo viviendo no son más que los del bosque.

De pronto un ruido de ramas rotas moviliza mis reflejos. Giro la cabeza atrás. Veo el rostro juvenil de un soldado.

—Oye... —le digo guturalmente para que me ubique. Él con voz similar deja oír:

—Dice el coronel que regrese.

Salto de placer. Repaso la ruta e informo a Lussón.

Acompañé al desanimado médico en el mismo lugar del que pronto el sol debería azotarnos. Mis tripas eran un solo alboroto. La garganta estaba reseca, pero no traía agua; tampoco, alimentos. Sin embargo, decidí resistir.

A veces Lussón se alejaba entre los árboles, quien sabe, hasta las defensas; su ayudante con cara de niño iba tras cada paso. El resto del tiempo el coronel se mantenía en el puesto de mando. Ora se movía en círculo estrecho, ora miraba a lo lejos. «¿Qué hago?», imaginé que se preguntaba.

«¡Chino!», escucho desde allá. Cuando estoy frente a él y diviso entre sus manos una conocida para mí R-855,[8] el corazón me salta. «¡Toma y trata de comunicarte con los helicópteros!»

Sujetándola en la mano izquierda la inspecciono. Luego le extraigo la antena. Ubico el selector en trasmisión de voz.

8 Estación de radio de onda ultracorta que usan los pilotos de combate en la bolsa de supervivencia (NAZ-7), ubicada en el interior de la silla eyectable, para la comunicación con los equipos de rescate en caso de catapultarse.

Me ajusto los audífonos y, de pie, empiezo a trasmitir. «Oye. Oye. Adelante si me copias. Adelante si me copias».

Libero el gatillo, pero en mis audífonos solo resuenan interferencias parecidas a las del radio doméstico fuera de sintonía. Repito una, dos, tres... veces las mismas frases y, bajo la pertinaz mirada de Lussón, escucho las mismas interferencias.

Después, paso el selector a la posición de radio faro.[9] Llevo el minúsculo equipo arriba y al frente. Lo dirijo hacia varias direcciones pidiendo que la señal llegue hasta los helicópteros. Agotado el brazo, lo descanso y raciono la carga de las baterías.

El sol desciende del zenit. La sed, el hambre, el cansancio... actúan libremente. A pesar de eso, reinicio mi tarea.

Me mantengo en radio faro. De pronto, durante un paneo a través de la línea verdosa y azul del horizonte que me dejan ver los árboles, descubro unos objetos en movimiento. Los observo detenidamente. «¡Miren los helicópteros por allá!», grito con placer. En tanto el resto los localizan, yo deseando tener un poderoso imán que los atraiga, tenso el brazo hacia aquellos que giran a muy bajas alturas a unos cinco o seis kilómetros.

En poco tiempo sus siluetas crecen y crecen. Ya están próximos al área. No tengo dudas de que nos han localizado.[10] Inician la maniobra de aterrizaje. Una mezcla de «suig suig» y «ta ta ta» inunda la chana. Lussón indica que cada cual monte en el que vino —un poco antes de aparecer los helicópteros—, le había ordenado al jefe de las Tropas Especiales que organizara a los hombres en dos columnas, con el objetivo de marchar a un kilómetro y paralelo al camino de Tempué,

9 Posición en la cual la R-855 trasmite una señal para que sea recepcionada por los medios aéreos de rescate.

10 Según las declaraciones del coronel Orlando Calvo Montes de Oca, los helicópteros nunca recibieron la señal de la estación de radio R-855, sino que la localización fue producto a que conocían el lugar donde los habían desembarcado.

hacia Cangamba. La defensa se cierra. Todo es alegría. El líder desmenuza la vegetación en un punto más cercano que el anterior. Aparenta tantear el terreno con los trenes y, al fin, se posa. Corro hacia este y monto. Detrás de mí lo hacen varios soldados. Por allá, entre la hierba, veo cómo otros buscan sus aeronaves. Me llama la atención que el coronel, Fernando y el médico no han subido.

Pasan segundos, quién sabe, minutos. Desde la cabina de pilotaje nos ojean. Parece que verifican algo. Finalmente, cierran la puerta y despegan.[11] Me rodean suspiros. Los imito. No sé cuál es el destino; pero, incluso, si es Cangamba la prefiero antes que esta torturante chana.

11 Según las declaraciones del general de división Antonio E. Lussón Batlle, esto ocurrió antes de la media tarde.

[…] La luz de las buenas acciones se parece a la luz de las estrellas.
José Martí

ÍNDICE

IX

Llega el apuntador bajo la metralla

Peraza

Al amanecer del día 4 de agosto[1] el puesto de mando nos comunica que, a una hora aproximada a la de ayer, sí desembarcarán el apuntador y el médico. De nuevo organizamos un equipo de apoyo donde van Grandía (Luis Grandía Delgado, subteniente jefe del pelotón de morteros), Osnel, Melchor y otros. Además se envían a los primeros heridos (no más de seis) para que se evacuen en los helicópteros. Bajo explosiones, los efectos del primer cubano muerto (Alfredo Calzada García, soldado y chofer), y la impedimenta a cuesta, los combatientes se pierden por las trincheras.

Mario Jesús Reyes Licea
Capitán, piloto de helicópteros Mi-8, 32 años

Cuando aterrizo en Cangamba y El Chino se baja con la R-809 ya llueven las ráfagas y los morterazos. Veo que él quiere decirme algo. Le grito: «¡Corre que están tirando!» Despego. Alcanzo a ver la explosión de una granada de mortero. El Chino vuela por el aire y sale de mi vista porque me voy con el helicóptero lleno de huecos para Menongue.

1 Algunos testigos y en *Tigres de Cangamba*, de Rafael A. Ramos Fajardo, plantean que ese desembarco se produjo el día 5, coincidiendo con el cuarto día del combate.

Arribo y el teniente coronel Henry Pérez me pregunta:
—Licea, ¿y Chiong?
—Henry... creo que lo mataron... lo vi por el aire.
—¡No puede ser, compadre! —agrega, derrumbado.

Mayor (r), Pueblo Nuevo de Ceiba, Artemisa.

Peraza

Desde Luena, preocupados, nos preguntan sobre el apuntador y el médico. Les respondemos que los helicópteros desembarcaron, regresaron a su base, pero esos compañeros aún no están en nuestras posiciones.

Henry

A pesar de la noticia recibida, tengo esperanzas. No puedo creer que Chiong esté muerto. Gestiono una y otra vez con el puesto de mando de Luena para que le pregunten a Peraza. Este responde que no ha llegado, que no sabe nada. Pasa el tiempo. Vuelo varias veces a Cangamba. No lo oigo. Las cosas allí son cada vez más difíciles. Entonces, como ser humano, comienzo a sentir algo en el alma, un cargo de conciencia, porque a él yo lo había mandado para ese lugar.

Osnel

Durante la conducción de los heridos hacia el área de desembarco, el fuego de los kwachas es tan intenso que no puedo continuar. Me mantengo horas boca abajo, como muerto, en terreno de nadie. Cuando al fin logro salir de allí, voy a descansar al refugio de la pieza.

Son más de las cuatro de la tarde y la voz del suboficial Prieto (Roberto Prieto Mederos, especialista en transporte de la 44 BIL) interrumpe mi reposo: «Peraza quiere voluntarios para otra misión». Alrededor mío los demás callan y callan. Me paro. «Parece mentira que no haya cojones... ¡Vamos!», les suelto y cojo la trinchera. De reojo veo que salen detrás de mí.

Más adelante Prieto me dice: «Oye, tenemos que ir en vuelta del hospital a buscar a un médico y un radio para las comunicaciones con la aviación». Luego otro alza la voz: «Por allá está Grandía, sabemos que está vivo porque habla, pero no viene, desconocemos la causa». Entonces le digo a Prieto: «Mira, nosotros hemos vivido hasta ahora sin médico y sin el radio ese, el cual posiblemente no sepamos ni usar. Vamos a buscar a Grandía» Y esa es la razón por la que no cumplo la orden inicial. De lo contrario, con seguridad, hubiera encontrado al apuntador.

Pepito

Avanzado el día 4 Peraza me ordena alcanzar al apuntador y al médico. Ya para ese momento yo tengo una frase que, ante cada misión, me sale sola: «¡Quijá y cojones!» Con esta respondo como si fuera el dicho de un loco.

Voy con el soldado Ramón Vázquez Vázquez (miembro del pelotón de morteros). Únicamente llevamos los fusiles y las municiones. Dejamos las trincheras. Tras nosotros comienza el «ta ta ta... pam pam pam...», de la Unita. Corremos a través del campo raso. Hacemos zigzag. Nos tendemos. Avanzamos un poco más. Y así, como decimos los cubanos ¡es de tranca!, llegamos hasta la posición donde están los compañeros.

Les digo: «A ver, lo que más pesa, los vamos ayudar!» Vázquez agarra esto, yo aquello. Cuando sentimos una tregua

regresamos a nuestras defensas, pero ellos no se tiran a la locura de nosotros.

Ya en el puesto de mando Peraza nos pregunta:

—¿Qué resolvieron?

—Bueno, mire, traemos parte de las cosas, los compañeros vienen más atrás.

Peraza

Después de tantos tropiezos, casi al atardecer llegan el apuntador y el médico.

Chiong viene directo para el puesto de mando. Se presenta ante mí. No recuerdo exactamente sus palabras, pero sí sé que son de mucha voluntad, decisión y patriotismo. Le brindo gallina frita y lo envío a descansar junto a los heridos. Su arribo constituye un gran refuerzo, pues ahora tenemos a un profesional.

Osnel

Por la tardecita llega el apuntador. Tiene rostro achinado y se comenta que es piloto. Y ese es el nombre que le damos entre la gente: el Piloto.

Juan Miguel Pérez Rodríguez
Soldado, ayudante de tirador de lanzacohetes, 20 años

Un día se difunde por las trincheras la llegada de un apuntador para la aviación. A pesar de que no tengo encuentros con él, sé que está allí y eso me anima.

Subteniente (r), campesino de cooperativa,
Ojo de Agua, Pilón, Granma.

Enrique Cruz Proenza
Teniente (r), jefe del pelotón de seguridad, 32 años

El día 4 de agosto de 1983 conozco sobre el arribo de un apuntador. Enseguida mejoran las acciones de la aviación. No es lo mismo hablar piloto con piloto, que con otra persona.

Capitán (r), Veguitas, Yara, Granma.

Boza

Recuerdo cuando llega el Chino. Trae un fusil plegable, pequeño. Sigue para el puesto de mando.

Blas Cedeño Ramírez
Soldado (r), tirador de fusil, 26 años

Pertenezco a la 44 BIL. Cuando llego a Cangamba en el primer refuerzo del día 3, voy para el Sector de Fuego No. 1, frente al barrio 4 de Febrero, bajo el mando del capitán Bernardo Rodríguez Sod (caído en combate). Al otro día el jefe me ordena llevarle un mensaje a Peraza. Estando allá la situación se pone más tensa y este me ordena: «Guajiro, quédate como centinela en la entrada del refugio, excepto los heridos nadie más puede pasar».

Sucede lo siguiente: ante el empuje de la Unita, los Fapla retroceden desde el anillo exterior y se aglomeran junto a los cubanos. Cuando ocurren los hostigamientos la tropa busca cualquier hueco como protección y, en este caso, entorpece el trabajo del jefe.

O sea, como ya dije, me ubican próximo a la entrada, en el área de trinchera descubierta que es bastante profunda; por

encima de la cabeza. Pero no estoy estático, a veces camino a lo largo de la zanja unos pasos para allá o para acá.

Narro esto porque es lo que me permite presenciar el arribo del apuntador y del médico. Este último se queda en la sanitaría, a unos cinco metros. El Chino se presenta a Peraza. Viene todo sucio, semejante a la mayoría de nosotros, pero se ve animado.

Subteniente (r), operador de equipos pesados, barrio La Seis, Cauto Cristo, Granma.

Telmo

Henry le ordena a Chiong ir para Cangamba y, como no es pendejo, aterriza en el cerco bajo la metralla enemiga. Desde allí ayuda a los pilotos y a la tropa de Peraza. Incluso quienes lo juzgan tienen que hablar bien de él.

El acto es la dignidad de la grandeza.
José Martí

ÍNDICE

X

Al fin en el infierno

Transcurre el cuarto día del mes de agosto. Casi a media mañana despego del convulso aeródromo de Luena adonde me llevaron —junto al resto de la tropa— después del reembarque en la chana. Voy en el primero de los cuatro helicópteros con el capitán Mario Jesús Reyes Licea, como jefe de nave. Varias cajas de municiones y unos soldados (dos tiradores de fusil y dos responsables de carga) son mis acompañantes.

❖

En estos instantes traigo a la memoria recuerdos de ayer.

Luego del aterrizaje en la base, mientras esperaba al médico que se movía en el grupo de Lussón,[1] conocí que la R-809 estaba a buen resguardo. Luego, el coronel me pregunta: «Chino, ¿cuál fue mi orden para el abordaje de los helicópteros?» Reflexiono unos segundos y comprendo que en aquella corredera en la chana yo me había montado en otra aeronave. Con pena me resigno a cualquier cosa, pero nada ocurre.

Aún no me había repuesto de ese percance cuando más adelante escucho del general William Gálvez[2] —quien avanza

1 Al mando de las operaciones desde la tercera Región Militar en Luena.

2 William Gálvez Rodríguez (Holguín, 1933). Combatiente de la clandestinidad y del Ejército Rebelde. Invasor de la Columna No. 2 Antonio Maceo. Fue jefe de la Asesoría de Olivo en la provincia de Moxico. Posee los grados de general de brigada de las FAR. Autor de varias obras literarias.

en sentido contrario junto a otros oficiales—, las siguientes palabras: «¡Si se le perdió la pistola tiene que buscarla a pie!»

—Permiso, compañero general, ¿usted se refiere a la pistola que se le perdió al médico? —intercedo con la cicatriz de los hechos todavía fresca.

—¡Sí!, ¿usted sabe algo de eso?

Enseguida le explico las circunstancias en las que habían ocurrido los hechos, no solo alrededor de la pistola, también de la planta de radio y los medicamentos.

Además, le expongo nuestras gestiones para recuperarlas. Al final de mi intervención, exclama: «¡Ah, pues se salvó!»

Más tarde, la recuperación de la R-809 y las atenciones recibidas de parte de mis compañeros en la casa de los pilotos, de la cercana ciudad, me permitieron una noche un tanto relajada.

Después del desayuno un tripulante trajo la orden: «¡Chino, prepárate que nos vamos para Cangamba!»

❖❖

Y ahora no volamos muy bajo. Mientras, contemplo las verdes cejas a orillas de los ríos, los bosques ralos y negruzcos, o los herbazales requemados por el invierno. Otro de los repasos de la mente me recuerda que, como el día anterior, no llevo reservas de agua ni de comestibles. Sin dudas, estos son lunares heredados de mis años juveniles.

De pronto surge un traqueteo. Salto en el banco. Al frente y a mi izquierda dos tiradores de fusil desparraman casquillos. A veces hacen pausas; pero, cada vez que reanudan los disparos, el estruendo, multiplicado en el encierro de la cabina, me atormenta la cabeza.

El helicóptero se pega a los árboles. Esa maniobra me indica que podemos estar cerca del objetivo. Considero que

no debe repetirse lo de ayer. La tensión se adueña de mí y la mente, inquieta, va para aquí y para allá. Continúa el descenso. Se abre la puertecita de los pilotos. «Chino, ven acá», grita Licea. «Cuando desembarques corre en la dirección del aterrizaje», me dice indicando con una mano hacia adelante donde, en ese abrir y cerrar de ojos, distingo un paisaje contrario al del día anterior.

Con movimientos ágiles, aferrado a mi fusil AK y la planta de radio, salto a tierra. Encorvo el cuerpo para atenuar la presión del flujo de aire que me aplasta al suelo y entrecierro los ojos buscando alguna visibilidad en medio del torbellino de polvo.

El jefe de nave, tenso, producto de los disparos que se le vienen encima, saca la cabeza a través de la ventanilla. Cuando las cajas de municiones empujadas por los de seguridad se abultan en mis pies, despega bruscamente y me obliga a buscar firmeza en la arcilla, ante la tormenta que dejan las hélices.

Erguido el cuerpo; pero, sin oportunidad para la orientación y dar los próximos pasos, soy presa de otra tormenta. Esta no es de tierra y hojarasca, sino de metralla. Silban los proyectiles. Estallan los morterazos. El aire se impregna de olor a pólvora. Una ráfaga roza mis pies. Me lanzo de bruces al suelo, que para buena suerte está ligeramente hundido. Esa irregularidad por segundos espanta la angustia de quien espera un impacto en cualquier momento. Diviso otra ráfaga que corta la tierra. Giro la cabeza. Su carga de muerte acaricia mi pelo y se pierde salpicando arcilla. No sé qué tiempo ha pasado. Los segundos parecen horas. Escucho el ronroneo de los helicópteros en direcciones imprecisas y pienso en el dolor de los colegas si me dan por muerto.

Tengo que salir de este infierno, digo para mí. Pruebo hacerlo, pero algo retumba. Me levanta y caigo con falta de respiración. A pesar de ello saco fuerzas. Agarro el fusil y sin la

planta de radio corro en la dirección indicada por el piloto. Las ráfagas van tras de mí. El plomo se entrecruza. A decenas de metros observo unos promontorios de tierra que parecen vestigios de fortificaciones y los tomo de referencia. Ya se enciman. Detrás de estos el terreno se hunde. No tengo dudas de que es una trinchera. Destellos de esperanza me invaden. Doy otras zancadas. Salto estrepitosamente al hueco. Respiro profundo. Palpo la humedad del cuerpo, pero no veo sangre, aunque sí me siento muy adolorido.

Enseguida descubro que no estoy solo. En la zanja, de paredes deslizadas y fondo bajo, se aplastan unos seis soldados de las Fapla de ojos rojizos y llenos de sorpresa. Con desespero les pido ayuda, porque sin el radio no podré cumplir la misión asignada. Y de acuerdo a mis condiciones físicas pienso que uno de esos jóvenes tiene más posibilidades de actuar.

En espera de que el fuego permita recoger el equipo, fijo los ojos en un combatiente que yace boca abajo muy cerca. Le siento estertores. El aire que espira levanta nubecillas de polvo. Sangra y entre más se queja, cual agua del manantial, más le brota el líquido de ese torso abierto por la metralla enemiga. Parecen sus últimos minutos. No encuentro con qué ayudarlo, incluso, en la carrera perdí la bolsa con la toalla y otros medios. La impotencia sacude mi corazón.

Aunque continúa el sonido de las armas, en mi parapeto ya no se sienten impactos. He aquí el minuto propicio para el rescate del equipo de radio. Con un empujoncito de la cabeza hacia arriba observo el área y me dispongo a guiar al combatiente escogido. En ese preciso momento descubro el avance de un hombre de tez blanca desde la dirección que yo lo había hecho. Sus pasos no muestran apuro. Los angolanos se alarman. Quieren dispararle. Los detengo y le grito a aquel: «¡Corre, que

te van a matar, cojones!» El individuo comienza a trotar con toda paciencia. Ingresa a la trinchera. Tras él, fuertes ráfagas abaten la posición. Le echo unos cuantos carajos y, entre metrallazo y metrallazo, lo interrogo:

—¿Tú quién eres?

—Yo soy médico,[3] vine en otro helicóptero.

—¿Qué grados tienes?

—Teniente.

—Yo, capitán, te subordinas a mí.

Al final le digo, mira, atiende a ese Fapla que se está muriendo.

Con toda cautela avanzo hasta el extremo opuesto de la trinchera y, dentro de un refugio empalizado, encuentro a otro combatiente. Es cubano. Su semblante no deja dudas. Le pregunto:

—¿Qué te pasa, muchacho?

—Un morterazo por poco me mata.

—¿Y cuándo fue eso?

—Hace dos... dos días —responde el joven de mirada esquiva y barbilla punzándole el pecho.

No tengo dudas de su blandenguería. Me dan deseos de reprimirlo. Pero analizo que la flaqueza como el cáncer es impredecible, y prefiero ayudarlo. Desenfundo la pistola ZK y extendiendo mi mano le digo: «Toma para que te defiendas. ¡Ah, y tienes que seguirme!», le recuerdo, antes de volver para dónde está el médico.

Pasa el tiempo, pero no olvido la planta. De nuevo llega la calma. La aprovecho y mando al Fapla a la misión. Lo sigo con la vista. No le disparan. Regresa y entonces sí rompe la balacera. Otra vez dueño de la R-809 me siento más tranquilo.

3 El médico que salió de Menongue el día anterior fue sustituido en Luena por el teniente (r) Luis Galván Soca, quien esperaba su regreso a Cuba por cumplimiento de la misión. Allí se convirtió en uno de los mártires de la batalla.

Bajo ese carnaval, unas veces de balas y otras de morterazos, comienzo a trastear el radio. Recuerdo las enérgicas palabras que le dirigí al comunicador allá en Menongue, después de las cuales este fue breve. Y los elementos de esa brevedad son los que ahora repaso, ansioso de mis misiones.

El sol sobrepasa el punto superior de su recorrido. De pronto incursionan los MiG, mi gente. Un calambre me recorre el cuerpo. Braman las turbinas. Retumban las cargas. Se van.

Tengo mucha sed. Los efectos de la pólvora me han llegado hasta la garganta. Le pido un traguito de agua a un angolano, que no es muy bien recibido por mi vacío estómago. Todo eso, más el cansancio en ascenso, la responsabilidad encomendada y los aviones que llegan me impulsan a tomar una decisión. De inmediato les grito a los dos cubanos: «¡Vámonos a rastras!»

Amainado el fuego emprendimos el desplazamiento que, de esta forma, no lo hacía desde los años sesenta. En la mano izquierda porto el fusil y el tubo de la antena, en la otra, la planta. Muevo el brazo derecho y la rodilla contraria al frente y avanzo. Mi vista, como la del buen observador, toma un punto de referencia a la derecha de la hilera de empinados árboles que veo a lo lejos a más de trescientos metros. Por allá deben estar las posiciones del segundo anillo. De reojo observo que el médico me imita. Luego, el tercero asoma la cabeza. Mas la felicidad es corta, pues a los dos o tres metros la metralla nos obliga a regresar.

Transcurren largos minutos y nosotros continuamos en el fondo de la trinchera. Decidimos repetir la acción. Sale el médico. Lo sigo. Nuestro acompañante no logra hacerlo, porque dada la causa anterior, desistimos.

Con el avance de la tarde aumenta mi desespero. Pasa no sé qué tiempo hasta otro período de calma. En ese momento

irrumpen dos cubanos blancos, bajitos. En segundos, el fuego se reanuda. Los muchachos jadean, y al fin las palabras le brotan a uno de ellos.

—Venimos a buscarlos por orden del teniente coronel Peraza.

El otro se muestra alterado e imperiosamente pide regresar porque, según él, desea morir con sus compañeros. Intervengo y le digo:

—¡Mira, yo no quiero morir ni con mis compañeros ni con nadie, yo no quiero morirme ni que nadie se muera!, ¿cuál es el apuro tuyo, chico? ¡Hasta que no amaine el fuego no nos vamos!

A pesar de mi orden, los soldados, en posición de arrancada, esperan la menor tregua y regresan. Se llevan consigo el componente principal de la planta y la mochila del médico. Me quedo con la antena.

No muy lejos van los muchachos soltando las piernas, seguidos de soslayo por mi vista y la del médico, cuando los kwachas descargan todo contra ellos. De inmediato, como si ese mismo enemigo hubiera dicho, «en aquel hueco se esconde gente», un enjambre de balas y granadas se traslada a nuestra trinchera. Nos enterramos en el fondo. Me doy cuenta que la permanencia ahí es cuestión de vida o muerte.

Como lo exigía la situación surgió una nueva idea: «¡Iremos caminando, con intervalos de unos treinta metros! ¡Quien logre llegar que informe sobre el intento realizado!», les comunico a los compañeros.

Una vez más reina la tregua. Salto al borde de la trinchera y, apretando el fusil en la mano derecha, camino con el cuerpo erguido. Recorro decenas de metros. Giro la cabeza atrás, veo al médico seguirme, después sale el soldado casi en cuatro patas. El deseado, pero extraño silencio continúa. Los pasos se agigantan. El corazón tamborea el pecho. Pese al

frescor del invierno, el sudor me enjuaga ojos y labios. Solo la respiración y el crujido de la arena bajo las botas quiebran ese silencio. El terreno se desplaza más rápido. Unos montículos, que surgen por allá, semejantes a fortificaciones, se acercan. Me regocijo. Pido, no sé a quién, un arribo tranquilo a esos promontorios. Pero son excesos míos. Calculo que estoy a medio trayecto cuando rompe el vendaval. *¡Coño..., si yo he caminado hasta aquí, es una lástima que me maten a mitad de camino!*, digo para mí. Y emprendo una veloz carrera, tan veloz que me creo un gran campeón. Las balas pasan por todas partes. Los morterazos sacuden la tierra. Siento el jadeo de mis compañeros cerca de la espalda. Los bultos de arena se agrandan. Son el objetivo salvador, ¡otra trinchera! Doy un salto y caigo como una roca. Estoy extenuado.

En tanto recupero energías recorro el nuevo escenario con la vista. Estoy en una fortificación de considerable profundidad. Veo casquillos por doquier, tierra apisonada, pero ninguna persona.

Mis compañeros avanzan hacia el extremo opuesto de la obra. Aún con pocas fuerzas los sigo, mientras mis botas hacen tintinear restos de municiones. Después de un recodo aparece un refugio donde se encuentran varios combatientes angolanos. Nuestra presencia les produce señales de agrado. Las huellas del cansancio y la suciedad de sus trajes superan a las de nosotros. Junto a estos reparo en un joven cubano que tiene una venda en el ojo izquierdo. Las manchas de sangre son visibles. El corazón se me encoge. Le digo: «Conmigo viene un médico, te puede atender».

El sol está muy bajo. Sin mucha espera indago entre los soldados cómo llegar hasta la jefatura. Hace una calma y después de recuperar mi ZK avanzo solo, con el cuerpo en L, a través del tramo de trinchera. La obra es más corta de lo que me

imagino. Al final de esta, tiro un vistazo exploratorio. Sobre la tierra, pelona, se observan pedazos de granadas de morteros. También logro divisar el punto de referencia: las maticas de mandarina o de limón.

Salgo y recorro el breve trayecto. Entro a otra trinchera. Suspiro en su fondo. Doy unos pasos y topo un refugio. Varios hombres lo ocupan. Desde un banco rústico alguien trigueño y de mediana estatura se pone de pie. Se adelanta. Sus ojos somnolientos, resguardados por la gorra, no dejan de mostrar alegría cuando le dirijo la palabra: «¡Compañero teniente coronel, yo soy el apuntador que vengo a dirigir los vuelos de la aviación!»

[…] Son admirables siempre la energía y la hermosura aun en la mayor barbarie.
José Martí

ÍNDICE

XI

Ahora sí están tirando donde es

Peraza

Durante la fortificación del anillo interior recibimos el aporte de los Fapla. Priorizamos el puesto de mando, los refugios para el personal, la técnica y otras reservas. Creo que logramos especializarnos en esto.

El puesto de mando es el último en construirse. Tiene unos cuatro por cinco metros, casi cuadrado. La altura interior ronda los 2,3 m. Semejante al resto empleamos recursos locales, ya que tenemos hachas, serrotes y otros medios para su manipulación. Como se trata de un terreno arenoso le revestimos las paredes con palos fuertes, bien unidos y bien metidos en el suelo, sobre todo, los esquineros. Así evitamos derrumbes.

Los largueros los fijamos con puntillas de acero de media pulgada, hechas por nosotros mismos. En el techo ubicamos gruesos trozos de eucalipto arrastrados hasta allí con la ayuda del winche de un camión Ural. Esas ramas se sitúan a un metro una de otra y en ese espacio se colocan gajos más finos. Se forma como una placa. Encima le ponemos yerba, pedazos de lata, de zinc... para sellar e impedir que penetre la arcilla. Finalmente le echamos mucha tierra, hasta el abultamiento. Por la fortaleza que le vemos a este refugio le llamamos el búnker.[1]

1 El día 7 de agosto de 1983 ese refugio fue impactado por una granada de mortero y causó la muerte de cuatro combatientes y un herido grave, todos cubanos.

Dentro tiene una litera, unos *palés* rústicos de madera, unas sillas. Guardamos reservas de todo tipo, incluyendo agua en tanques, pomos, botellas, cantimploras, o sea, todo lo posible.

Pero cuando tenemos los primeros heridos, además, por la necesidad mía de estar al lado de los equipos de radio, nos trasladamos para el puesto de mando de las comunicaciones que se encuentra a unos cinco metros de allí. Entonces en el búnker ubicamos el puesto médico.

El de las comunicaciones es el primero que acondicionamos. Es un refugio bastante estrecho, en forma de L. Parece un tramo de trinchera cubierta, de unos tres metros de largo y con la pata de la L recortada. En su interior también se puede estar de pie.

Es decir, el Chino no alcanza a ocupar el puesto de mando principal, sino este, el de las comunicaciones. La mayoría del tiempo siguiente se mantiene próximo a mí en el banco en forma de parrilla, hecho de palos. Al frente se ubica una mesa de semejante construcción y sobre esta, acompañando al racal (estación de radio de onda corta) acomoda su R-809. Le extiende los cables hasta perderse hacia el exterior en busca de la antena plegable la cual, inhiesta sobre el refugio, rastreará las señales de los aviones.

Nos acompañan dos comunicadores, un centinela en la entrada y, con frecuencia, el ingeniero Pedrosa (primer teniente Rolando Pedrosa Ramírez) que cumple diferentes tareas con la documentación.

Henry

Después de horas de angustia por el silencio de Chiong, el 5 o 6 de agosto[2] tengo una grata sorpresa.

—Oye. Oye. ¿Me copias? ¿Me copias?

Resuena en mis auriculares cuando sobrevuelo, con Quesada, Cangamba.

—¡Ay mi hermano! ¿Estás vivo, cojones? A mí me dijeron que te habían matado. ¿No te han herido?

—No, no, estoy vivo y bien por ahora.

—Aguanta narra, que no te vamos a dejar solo, te vamos a rescatar. ¡Tengo cartas para ti del caimán! ¿Dónde quieres que bombardee?

—Banquea a tu izquierda y dime qué ves debajo.

—Veo unas casas. ¿Una azul?

—Sí, sí, positivo, positivo.

—¡Pues, tira todo lo que traes por ahí mismo!

Licea

A través de los pilotos de cazas y otras comunicaciones sé que el Chino está vivo y ya dirige la aviación. Eso me llena de alegría.

Calvo

Después que el Chino desembarca no tenemos ningún contacto. Sin embargo, por medio de Henry voy conociendo de su actuación.

2 Según declaraciones del capitán de la reserva Julio V. Chiong Almaguer, esa conversación ocurrió el día 4, después de su desembarco.

Rafael Ángel Ramos Fajardo
Mayor, jefe de la Compañía de Destino Especial
de la Misión Militar,
34 años

Llego con mi tropa el día 7 de agosto.[3] Me quedo en la retaguardia para, desde allí, actuar contra el enemigo. Por eso, durante las acciones no tengo contactos con Chiong. Pero sí me atrevo a decir que un piloto que deja su medio y cae en una batalla terrestre como la de Cangamba debe sufrir un gran impacto psicológico, un shock. Ahí es donde aprecio el coraje del Chino, además de su capacidad para sobreponerse a circunstancias adversas.

Teniente coronel (r), Bayamo.[4]

Fuentes

Frecuentemente voy al puesto de mando. Converso con el Piloto. Algunas veces coinciden mi presencia y sus intercambios con los chorreros. Me doy cuenta que utilizan un lenguaje claro, sin mucha metodología.

Peraza

En las primeras horas de la batalla retomo el mando y fortalezco los sectores de fuego con oficiales de la jefatura: el capitán

3 Setenta combatientes desembarcaron a un kilómetro al norte de la aldea (cincuenta y seis miembros de la Compañía de Destino Especial de la Misión Militar, dos apuntadores aéreos, diez especialistas en lanzagranadas ASG-17 y dos namibianos de la SWAPO).

4 Pasó a cumplir servicio en el Minint en 1994.

Fuentes se pone al frente del No. 1; Sergio,[5] del No. 2 y Sessé,[6] del No. 3. Cada uno tiene observadores, los cuales, a través del propio jefe, enlaces o de forma personal, nos mantienen informados sobre la situación del enemigo. Esos datos se le entregan al Chino quien desde el amanecer enciende la planta, se ajusta los audífonos y cuando escucha a los pilotos se desplaza al área descubierta del refugio y les indica los blancos.

Henry

En una oportunidad Chiong me manda a tirarle a la iglesia. Pero por la hora, el humo, el polvo y los eucaliptos que hay por allí yo no la veo. Entonces le pregunto: «¿Oye chico, dónde está la iglesia esa?» De inmediato responde: «¡Pon rumbo tal, entra en picada y verás que te saldrá al frente!» Cumplo con sus indicaciones y ahí está el objetivo.

Quesada

Tengo poca experiencia. Henry, líder de pareja, es mi ayuda, pero Chiong es un gran suspiro. Sin este todo es a ciegas.

En cada amanecer sobre la aldea escucho: «¡Hermanos, Patria o Muerte!» y otras frases como salidas del corazón. Eso me enaltece y pienso: *están vivos*. Luego continúa: «¡No tengan miedo lanzar lo que traigan!» «¡Tiren donde yo les digo!».

5 Mayor Sergio Hernández Mustelier, segundo al mando de Diógenes Bell Sessé.

6 Mayor Diógenes Bell Sessé (fallecido), quien previo al inicio de la batalla recibió el mando al teniente coronel Fidencio González Peraza, el cual junto a veintisiete compañeros, tenían veintisiete meses de misión y no se habían marchado en espera de una mejoría de la situación bélica.

Indica hacerlo sobre la zanja paralela a la pista, el AN-26[7] destruido o sobre el campanario de la iglesia donde se encuentra un francotirador. Dirige cada pareja paso a paso. Al final dice: «¡Bárbaro, bárbaro, ahí es donde tienen que tirar!», y uno piensa: *¡Oh, lo estoy haciendo bien!*

Riverón

Muchas veces estoy encima de Cangamba y tengo varios objetivos a la vista: puestos de mando, posiciones de artillería... y el apuntador, entre esos, me selecciona los principales.

Osnel

Las circunstancias cambian a cada hora o minuto y consigo surgen decisiones. Por ello en algún momento paso a mandar el Sector No. 1. A veces desde las mismas trincheras le trasmitimos los datos al piloto: «Oye, dile que en la casa azul». Eso es a viva voz, si estamos cerquita. «Después de la pista, un mortero», grita otro, y así sucede todo. Como las bombas ahora dan en los blanco decimos: «¡Esos son los másters enviados por Fidel!»

Guido Osmar

Nosotros le comunicamos a Fuentes: «Oye, están tirando desde tal lugar» Y este lo trasmite a viva voz para el puesto de mando donde se ubica el Piloto. En una oportunidad le informamos que próximo al AN-26 destruido en la pista hay

7 El 29 de mayo de 1983 durante el despegue, se había desplomado un avión AN-26 angolano bajo hostigamiento enemigo. Los combatientes lograron trasladarlo hasta la rampa de vuelo.

un cañón disparándonos. En minutos llega la aviación y eso se acaba.

Raimundo Vargas Yero
Soldado (r), tirador de ametralladora, 21 años

Una vez se corre una orden de Peraza por mi sector, el No. 1: «Acuéstense en el fondo de la trinchera que la aviación va a tirar por ahí». De inmediato se escucha ese estruendo que rompe los tímpanos y, después, la arena y el polvo nos envuelven. La gente grita: «¡Coño, ahora sí están tirando donde es!»

Teniente (r), obrero del Combinado Lácteo, Manzanillo, Granma.

Peraza

Cuando llegan los aviones el enemigo se arratona. En ese minuto, el Chino y nosotros a veces salimos a la trinchera descubierta para verlos y apreciar no solo la valentía, también la preparación de los pilotos. Pasan más bajos que los eucaliptos. Al final disfrutamos los impactos de sus cargas sobre los kwachas.

No sé si ellos lo saben, en infinidad de ocasiones vemos los proyectiles de la Unita pegados a sus colas.

Noa

Soy el chofer de Peraza. Como tal no tengo ninguna posición asignada, pero cuando la cosa se pone fea él me manda de fusilero para el Sector No. 1. Sin embargo, frecuentemente recorro las trincheras y de paso llego al puesto de mando. Osea,

no pierdo el contacto con el jefe. En uno de esos traslados, no muy lejos de este refugio, siento una fuerte explosión. Pierdo el balance y caigo. Alguien me auxilia. En medio del mareo descubro la mano del Chino.

Melchor

Una madrugada, como a las dos, cae un cubano al lado mío. Cuando amanece se descubre que quien dispara es un francotirador desde un árbol cercano. Quizás es el mismo que por poco mata al Chino, que en algún momento sale a orinar.

Peraza

El Chino, incluso, bromea con muchos de los pilotos. Percibo que tienen buenas relaciones.

Henry

Un día observo que Riverón va a cada rato al baño, coincidentemente mi caza está averiado. Como el médico no es especialista en Aeronáutica no pierdo tiempo y le preciso: «Oye, atiende esa situación, te hago responsable de los hechos». Este, en buen cubano, se caga y lo pone de baja. Entonces yo cojo su aeronave. Voy hacia Cangamba. Le hago un tiro al almacén; pero, como no sé que la máquina tiene un resbalo,[8] lo fallo. Chiong forma tremenda algarabía. Le respondo: «Mira compadre, si no le doy ahora me tiro con avión y todo». De inmediato agrega: «Sí, chico, mira, tírate contra el almacén, así cuando esta guerrita se

8 Deslizamiento lateral de la aeronave por desperfectos técnicos o deficiencias en el pilotaje.

acabe voy para Cuba y me acuesto con tu mujer». *Este tipo está jodío*, me digo impactado, fuera de mis pensamientos.

O sea, que él siempre tiene algunas frases a manera de mostrar su buen estado de ánimo. Además, nunca lo oigo decir: «Esto está de madre, no hay agua, no hay comida». Solo se oye: «¡Tira pa' aquí, tira pa' allá, tira pa' acá!»

Osnel

Sobre esa anécdota con un piloto algo se filtra y corre por las trincheras. Te das cuenta que, incluso, bajo la muerte, el Chino no pierde el sentido del humor.

Blas Cedeño

Desde mi posición muchas veces escucho las comunicaciones del Piloto. Se oye de todo, desde bromas hasta palabras fuertes.

Peraza

Durante las primeras horas de la batalla el fuego enemigo impacta el refugio de la planta y nos quedamos sin corriente eléctrica. A las pocas jornadas se descargan las baterías del racal.

Melchor

En tales circunstancias entra a funcionar un magneto, el cual tiene maniguetas para ambas manos. No recuerdo con exactitud de dónde sale ese equipo, creo que lo traen en el primer refuerzo. Lo acoplamos a uno de los postes del revesti-

miento interior. A partir de ahí el Abuelo y yo, por turnos, le garantizamos la carga al radio.

En el caso de la R-809 del Chino, ya con la antena tocola (mocha, recortada) producto a los disparos de la Unita, esto no es necesario; pues la conectamos a dos baterías de camión Ural que existen por allí.

Peraza

Transcurren los días. Se nos agotan las reservas de agua. Unos compañeros logran desplazarse hasta una pipa, le extraen un poquito del radiador el cual se distribuye a una tapa de cantimplora por persona. El resto se le da a los heridos. Después, alguien sugiere masticar pedazos de cepas de plátano y, aunque manchoso, siempre se le saca líquido. También probamos con papel y pasta de diente.

Luego, los angolanos comienzan a romper el cerco por las noches y alcanzan una vaguada fangosa. Traen un poco de pudrición. La colamos con gaza e ingerimos algo. Los últimos tres días no tenemos ni eso, ni alimentos.

Melchor

Nos quedamos sin agua. Varios combatientes tenemos que probar el orine. Entre ellos, el Chino.

Peraza

Tomamos medidas para que un tercio de la tropa descanse durante la noche, el resto se mantiene de guardia. También pasa así en el puesto de mando. O sea, en la posición propia, quizás recostado a la pared o quizás sobre el suelo, bajo

la tenue lumbre de mechones y un farol, se duerme como si fuera en un colchón. A no ser que un esporádico morterazo te haga saltar. Claro, llegan momentos de cansancio extremo. En realidad, la gente está rendida. Ni los de guardia son capaces de mantenerse despiertos. Esto, a mi entender, la Unita no lo aprecia.

Refiero esos aspectos: falta de agua y alimentos, además de la fatiga, para una vez más ilustrar que el chino Chiong, convertido en otro de nuestros hombres, sufre tales vicisitudes con la misma disciplina, entrega y heroísmo.

Osnel

Desde el día 9 por la noche la Unita da los primeros indicios de repliegue.

Peraza

Al amanecer del 10 de agosto se confirma su huida. Bien temprano organizo una exploración en el área, el Chino insiste y me lo llevo. La hacemos desde el interior hacia afuera. Dondequiera, como piedras del pedregal, se esparcen coletas de granadas. Continuamos y todo es impactante: los enemigos muertos, el armamento abandonado, la destrucción...

Osnel

Cuando el enemigo se retira, el Piloto comienza a familiarizarse más con la tropa.

Nos dice que es de Bayamo. «¡Coño, oye eso, de Bayamo, de Granma»,[9] de la tierra!», expresamos muchos, orgullosos ante quien, personalmente, considero nuestro salvador.

Calzada Dellundé

Muchos compañeros se concentran en un área para celebrar la victoria. Yo me quedo en la trinchera. Por eso, allí, no conozco al Piloto. Solo cuando nos evacuan para Luena lo veo desde cierta distancia, o sea, nunca llego a ese acercamiento.

Aunque sí oigo los comentarios: «¡Miren, aquel es el Piloto! ¡Sí, el apuntador que estaba dirigiendo la aviación!»

Calvo

El día 10 aterrizo con cinco helicópteros en Cangamba. Veo al Chino. Está demacrado. Conversamos y, a pesar de su situación, se muestra satisfecho. Siento alegría.

Licea

Ese día el Chino va al helicóptero. Nos abrazamos. De inmediato me pide agua. Cometo un error y le doy la cantimplora que tiene un alto contenido de alcohol. Ansioso, se da un buchazo. Al instante la retira y me recuerda hasta la vieja (mi madre). Con pena, digo para mí: *Coño, ahora soy yo quien por poco mata al Chino.*

Osnel

9 Treinta y cinco granmenses estuvieron en el cerco, doce actuaron desde la retaguardia con la Compañía de Destino Especial, dos eran pilotos de helicópteros. Otros actuaron desde lugares distantes.

Está en marcha la evacuación en los helicópteros. Peraza le pregunta a Lussón: «Coronel, ¿cuándo me retiro?» «Bueno, el capitán del barco es el último». De esa forma el grupo más cercano al teniente coronel, incluyendo al Chino, se queda hasta el final.

Henry

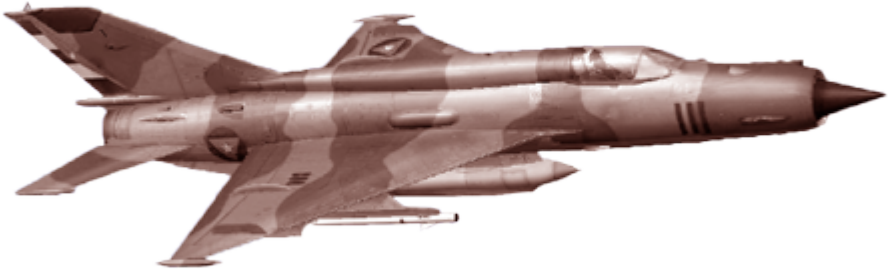
Personalmente siento orgullo, también mi esposa e hijos, de tener a Chiong en la lista de esas personas con las cuales durante años he podido compartir momentos inolvidables.

Se sale de la tierra tan contento cuando se ha hecho una obra grande.
José Martí

ÍNDICE

XII

Huellas



Los cuatro combatientes avanzan en tropel hacia donde me encuentro sentado sobre un tronco, sin botas y refrescando los pies. Transportan un cuerpo humano en una capa verde. Mientras se acercan diviso la cabeza de la víctima, destrozada en su parte superior. El cuero cabelludo le cuelga. La herida deja ver una masa encefálica negruzca, llena de tierra. Los hombres pasan frente a mí. Van cabizbajos. Se cubren la nariz con pañuelos o trapos, como lo hago yo cuando el putrefacto vaho me impacta. Aparto la vista, siento tristeza y deseos de vomitar. «¡Julio! ¡Julio!», escucho en la lejanía. Despierto y es mi esposa, quien agrega: «Oye, ¿de nuevo con pesadillas?»

Después de meses en Cuba los malos sueños me agobiaban. Ocurría casi a diario. Si no era este hecho sucedido en la última jornada en Cangamba, día 10 de agosto, era otro relacionado con unos militares que entraban al cuarto para matarme, y yo comenzaba a tirar piñazos, muchos de los cuales según mi compañera, impactaron sus costillas.

En algún momento pensé visitar el psiquiatra.

Dichas secuelas fueron visibles desde el propio día 10 cuando arribaron nuestros helicópteros y vinieron los cariñosos abrazos de sus tripulantes. En un momento:

> [...] empiezo a llorar como un muchacho [...] y todos aquellos hombres, curtidos por los combates y los riesgos de la puñetera guerra, se retiran y me dejan solo.

> Sigo recostado ahí (al helicóptero) y me pregunto: ¿Por qué coño estoy llorando? [...] ¿Pero qué es esto, mi madre?, yo aquí llorando delante de la gente, ¡qué pena!, pero no sé, no logro controlarme [...].[1]

Estando en Luena, despojado de la ropa mugrosa, la suciedad del cuerpo y del excesivo agotamiento, visité a unos heridos leves que se mantenían en el puesto médico. Cuando me acerco escucho a uno, de acento santiaguero o guantanamero, que dice:

—¡Yo quisiera sabel quién es el piloto ese que estaba allá!

Intervengo y le pregunto:

—¿Para qué usted quiere saber quién es el piloto?

—¿Para qué?, para darle un abrazo y decirle ¡Papáá!

Entonces le agrego:

—¡Bueno, ese soy yo!

Aquel negro, alto, flaco y visiblemente mayor de edad que yo, me da un gran apretón y grita: «¡Mi papáá! ¡Mi Papáá!»

El día 14 por la mañana nos concentraron próximos al estado mayor de la Región Militar (más conocido como el Comando) para la ceremonia de condecoraciones.[2] Estaban presentes altas personalidades: el general de división Leopoldo Cintra Frías, jefe de la Misión Militar Cubana en Angola; el general de brigada William Gálvez Rodríguez, jefe de la Asesoría Cubana en la provincia; Rodolfo Puente Ferro, embajador cubano en el país, entre otros.

1 Jorge Martín Blandino: Ob. cit., pp. 242 y 243.

2 El teniente coronel Fidencio González Peraza recibió la Orden al Valor Antonio Maceo; diez combatientes, la Camilo Cienfuegos; seis, la Ernesto Che Guevara de Segundo Grado; cincuenta y dos la Ernesto Che Guevara de Tercer Grado. Ciento cuarenta y un combatientes recibieron la Medalla Antonio Maceo y ciento cincuenta, la Calixto García; el resto, otras condecoraciones. Los combatientes de la compañía de Destino Especial fueron condecorados en Huambo y los aviadores y su personal de aseguramiento en Menongue. Jorge Martín Blandino: Ob. cit., pp. 262 y 263.

Priman la solemnidad, los movimientos marciales y los pechos henchidos. Me reconforta presenciar a tantos jóvenes, de voces por segundos quebradas y ojos lacrimosos, recibir sus distinciones. Ellos, hostigados durante meses y finalmente embestidos, resistieron hasta el arribo de los refuerzos con mucha fe en la victoria. Para mí encarnan los verdaderos héroes de la batalla.

Si el reconocimiento viene del Gobierno Revolucionario uno lo agradece hondamente, pero en mi caso particular no considero merecer tan alta orden,[3] pues me brindé para ir a Angola sin exigir nada a cambio. Y como expresó Fidel —el mismo Comandante de la continua preocupación por los hechos— solo traté de «saldar nuestra (mí) deuda con la humanidad». O sea, en lo personal el orgullo que avivan familiares, amigos, la comunidad... y se eterniza en el alma, vale más.

Pero otra sorpresa aún me deparaba Luena. Continuaba el descanso y, de pronto, escucho una voz conocida. Se trata de Henry, quien se ha trasladado hasta allí en helicóptero. Mientras se acerca le observo las mejillas húmedas. Esta visita y su fuerte abrazo me confirman que no solo es mi jefe, también mi amigo. Casi al oído escucho: «¡Coño, hermano, por poco te matan por culpa mía!» «¡Ah, no jodas, Henry!», le respondo.

Después de una larga conversación me ordena: «¡Recoge, que ahora sí te vas para Cuba!»

Ya en Viana,[4] unidad de tránsito en Luanda, intenté proseguir la autorehabilitación psicológica; objetivo este muy difícil, pues en el hospital militar estaban ingresados los

3 Chiong recibió la Orden Ernesto Che Guevara de Tercer Grado.

4 Hacia Luanda y luego para Cuba viajaron más o menos un centenar de combatientes que tenían la misión cumplida; otros, a los cuales se les dio esa condición a raíz de los acontecimientos, y un grupo de vacaciones.

heridos graves de la batalla.[5] Por tanto, de inmediato asistí con un grupo de compañeros a dicha institución.

Son momentos de pena, cuando el alma de nuevo se constriñe ante los de ojos vendados, los de extremidades cubiertas con yeso, las muecas de dolor... Logramos un rato de placentera charla, sin que falten las jaranas del cubano. Y resulta animoso presenciar los esfuerzos de los convalecientes por huir, durante esos minutos, de la situación que viven. Al final les deseamos una pronta mejoría.

Además, conocí sobre los compañeros inhumados en el cementerio de la Misión Militar. Los recordé con amargura, también a los Fapla y, por qué no, a los centenares de jóvenes enemigos que quedaron en el terreno de las acciones.

Hice un aparte para mi amigo Policarpo Álvarez Pileta,[6] aunque nunca fui a su tumba. Consideré que la visita continuaría hiriendo mis sentimientos.

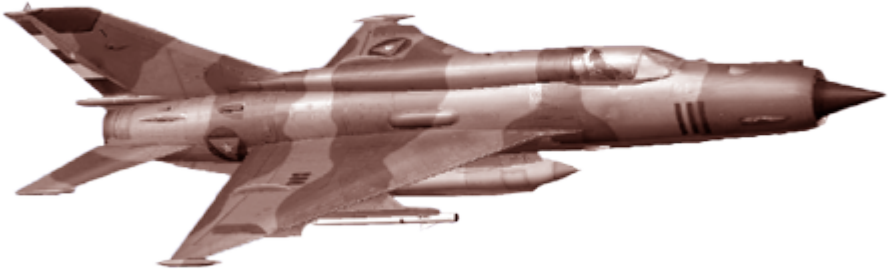
Luego de haber vivido tanta violencia en aquella gran batalla, he hecho un rechazo inmenso a cualquier manifestación que pueda aproximarse al maltrato, fundamentalmente, contra los niños; me conmueve presenciar el llanto de las personas; rehuyo programas de contenidos agresivos en los

5 Los resultados de la Batalla de Cangamba: heridos veintisiete cubanos y ciento setenta y siete de las Fapla; muertos dieciocho cubanos y sesenta de las Fapla. Dentro de la aldea (principal escenario de las acciones combativas) se contabilizaron 493 cadáveres de las fuerzas de la Unita. Jorge Martín Blandino: Ob. cit., pp. 244 y 245.

6 Recién llegado de Cuba, fue la única víctima entre los aviadores. Volaba en la cabina de carga de uno de los helicópteros que salió de Luena para localizar a la columna que había partido desde Menongue —su objetivo final era trasladar un helicóptero que estaba de alta en esta última ciudad hacia Luena— y durante una acción contra la Unita, a unos cuarenta kilómetros al suroeste de Tempué, tomó una ametralladora para dispararle al enemigo y recibió un impacto en el abdomen que le provocó la muerte. Jorge Martín Blandino: Ob. cit., p. 199.

medios audiovisuales. Por eso desearía que a la violencia se le impongan la amistad y las relaciones solidarias, y que se le tienda la mano al prójimo, como sucedió entre los defensores de Cangamba.

Anexos



Anexo 1

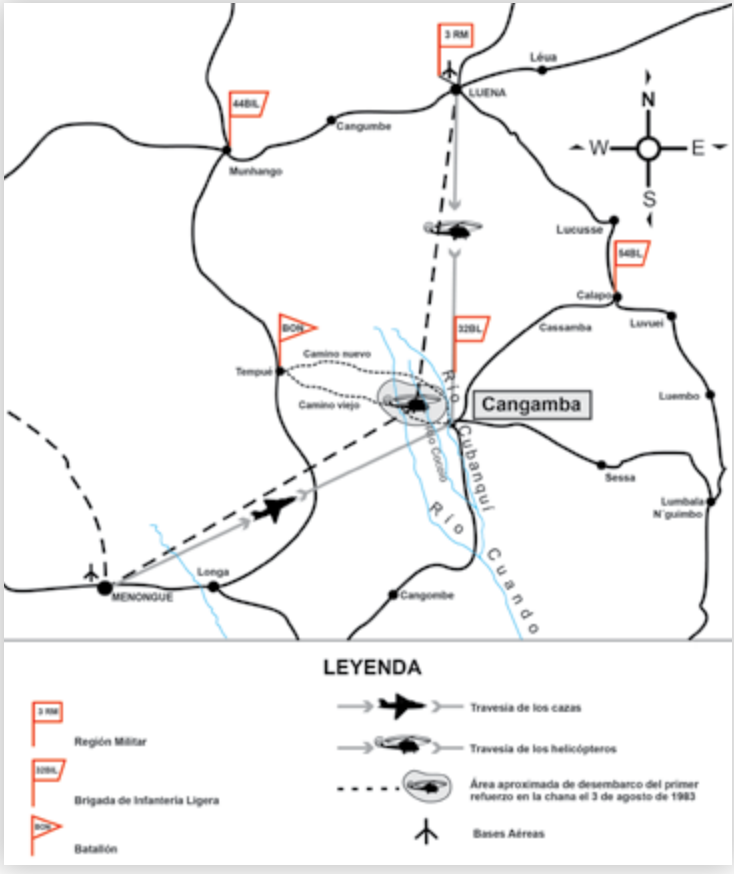
Acciones de las fuerzas contendientes al inicio de la batalla de Cangamba

Anexo 2

Ubicación de las bases aéreas alrededor del teatro de operaciones militares en Cangamba

Anexo 3

Travesías de la aviación de cazas y helicópteros en apoyo a las acciones en Cangamba



Anexo 4
Entrevistados

1. General de división Antonio Enrique Lussón Batlle (fallecido)
2. Coronel (r) Henry Pérez Martínez
3. Coronel (r) Orlando Calvo Montes de Oca
4. Coronel (r) Fidencio González Peraza
5. Teniente coronel (r) Ramón Quesada Aguilar
6. Teniente coronel (r) Edilberto Lee Kim
7. Teniente coronel (r) Antonio Telmo Almenares
8. Teniente coronel (r) Fernando Fuentes Rivero
9. Teniente coronel (r) Rafael Ángel Ramos Fajardo
10. Mayor (r) Rigoberto Diosdado Riverón Álvarez
11. Mayor (r) Mario Jesús Reyes Licea.
12. Capitán (r) Guido Osmar Font Orasma
13. Capitán (r) Enrique Cruz Proenza
14. Teniente (r) Laureano Noa Almeida
15. Teniente (r) Raimundo Vargas Yero
16. Subteniente (r) Blas Cedeño Ramírez
17. Subteniente (r) Juan Miguel Pérez Rodríguez
18. Sargento de primera (r) Melchor Lores Matos
19. Sargento de tercera (r) Ventura Reyes Núñez
20. Soldado (r) Osnel Ramos Soler
21. Soldado (r) Julio Boza Reyes
22. Soldado (r) Luis Ángel Calzada Dellundé
23. Soldado (r) Arisbel Figueredo Lora

Otras consultas

1. Teniente coronel (r) Fidel Agustín Bruzón González (piloto de helicópteros), Báguano, Holguín
2. Capitán (r) Ciro Vargas Guerra (piloto de helicópteros), Cienfuegos
3. Capitán (r) William Ruenes Londres (piloto de helicópteros), Holguín
4. Capitán (r) Joaquín Muñoz Chabrol (piloto de aviones MiG-17), Pinar del Río
5. Primer teniente (r) Emilio Santiesteban Ramírez (piloto de aviones AN-2), Bayamo, Granma
6. Capitán (r) Hílder Borges Córdoba (primer refuerzo), Baracoa, Guantánamo
7. Teniente (r) Jorge Luis Hernández Márquez (primer refuerzo), Chambas, Ciego de Ávila
8. Soldado (r) Joaquín Zequeira Figueredo (primer refuerzo), Manzanillo, Granma
9. Soldado (r) Roberto Folgado Aguilar (grupo de técnicos de aviación en la base de Menongue), Bayamo, Granma

Anexo 5

Relación de los pilotos participantes en la batalla de Cangamba

De caza

1. Teniente coronel Henry Pérez Martínez
2. Teniente coronel (r) Edilberto Lee Kim
3. Mayor Oscar Romero Lezcano
4. Mayor Raúl Fernández Sánchez
5. Capitán (r) Rigoberto Diosdado Riverón Álvarez
6. Capitán Jorge L. Lombides Chamizo
7. Capitán Felix G. Alonso Rodríguez
8. Teniente Ramón Quesada Aguilar
9. Teniente Fidel Pérez Fijeira

De helicóptero

Jefes de naves

1. Coronel Orlando Calvo Montes de Oca
2. Teniente coronel Mario J. Medine González (fallecido)
3. Capitán Mario Jesús Reyes Licea
4. Capitán Ciro Vargas Guerra
5. Primer teniente Heriberto Carmenate Milanés (fallecido)
6. Primer teniente Fidel Agustín Brozón González
7. Teniente Enrique Ferreiro Martínez (fallecido)

Copilotos

1. Mayor Edel Castro Bode
2. Capitán Jorge Ortega Alpízar
3. Teniente Benito Echevarría Rodríguez
4. Teniente Miguel Antonio Ochoa Pupo
5. Teniente Manuel Puig Ferrer
6. Teniente Mario Mier Gauri (cayó durante su misión internacionalista en la República de Nicaragua)
7. Teniente José M. Pérez Armas
8. Teniente William Ruenes Londres

Técnicos de vuelo

9. Mayor Enrique Durán Cruz
10. Teniente Jesús González Pedroso
11. Teniente Carlos Carrazana Cárdenas
12. Teniente Orfilio Montejo Crespo
13. Teniente Hugo Garzón Soto
14. Teniente Rimel A. Noa Posada

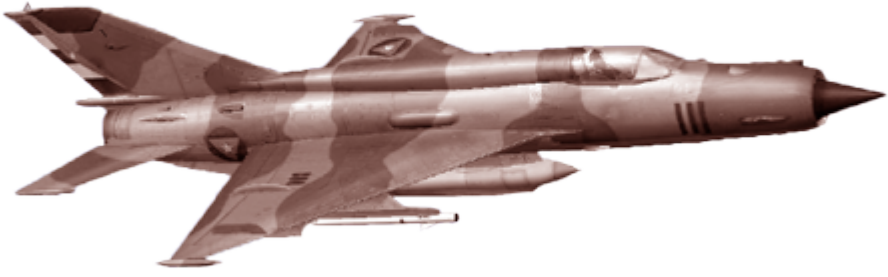
Anexo 6

Mártires de la batalla de Cangamba

1. Mayor (r) Policarpo Álvarez Pileta, piloto de helicóptero, 44 años (Sagua de Tánamo, Holguín). 8 de agosto de 1983.
2. Capitán (r) Bernardo Rodríguez Sod, asesor de batallón, 40 años (Boca de Camarioca, Cárdenas, Matanzas). 7 de agosto de 1983.
3. Teniente (r) Luis Galván Soca, médico, 45 años (Lawton, 10 de Octubre, La Habana). 7 de agosto de 1983.
4. Teniente (r) Juan Miguel Benítez Fernández, refuerzo, 36 años (Matanzas). 7 de agosto de 1983.
5. Subteniente (r) Pedro Pérez Oliva, Octava Sección (documentación secreta), 33 años (Dos Palmas, Palma Soriano, Santiago de Cuba). 6 de agosto de 1983.
6. Subteniente (r) Ramón Martínez Nacer, jefe de Retaguardia, 40 años (Mayarí, Holguín). 6 de agosto de 1983.
7. Subteniente (r) Olivio Iznaga Zayas, Octava Sección, 35 años (Trinidad, Sancti Spíritus). 7 de agosto de 1983.
8. Subteniente (r) Miguel J. Espinosa García, refuerzo, 23 años (Jobabo, Las Tunas). 6 de agosto de 1983.
9. Sargento de tercera Sergio M. Cortina Socorro, refuerzo, 19 años (no se pudo obtener su lugar de origen). 7 de agosto de 1983.
10. Sargento de tercera Artemio Silva Baños, jefe de escuadra, 19 años (Guantánamo). 7 de agosto de 1983.
11. Soldado José Antonio Bacallao Pérez, tirador de lanzacohetes, 20 años (Sagua la Grande, Villa Clara). 6 de agosto de 1983.

12. Soldado (r) Emilio Jardín López, tirador de ametralladora, 26 años (Bartolomé Masó, aunque desde la infancia residió en Mabay, Bayamo, ambos en Granma). 6 de agosto de 1983.
13. Soldado Ángel Martén Bess, pelotón de morteros, 21 años (San Luis, Santiago de Cuba). 7 de agosto de 1983.
14. Soldado (r) Fernando Arango Cuesta, tirador de fusil, 37 años (Colón, Matanzas). 7 de agosto de 1983.
15. Soldado (r) Ismael Valdivia Duardo, tirador de fusil, 37 años (Trinidad, Sancti Spíritus). 8 de agosto de 1983.
16. Soldado Alfredo Tomás Calzada García, refuerzo, 20 años (La Sierpe, Sancti Spíritus). 4 de agosto de 1983.
17. Soldado (r) Manuel Concepción González Sánchez, tirador de fusil, 23 años (Cumanayagua, Cienfuegos). 6 de agosto de 1983.
18. Soldado Mario Enrique Pavón, comunicador, 19 años (Las Tunas). 7 de agosto de 1983.

Testimonio gráfico



De derecha a izquierda Julio V. Chiong Almaguer, Silvio Tejeda y Néstor Pérez durante sus estudios en China, 1963.

De derecha a izquierda Julio V. Chiong Almaguer, Orlando Zayas Bazán y Edilberto Lee Kim al lado de un avión Cesna en la base aérea de San Julián, Pinar del Río, 1964.

ÍNDICE

Chiong en la rampa de vuelo de la base aérea de Holguín, 1968.

ÍNDICE

Chiong en la cabina de un caza MiG-15 en la base aérea de Holguín, 1968.

En la cabina, el instructor Henry Pérez Martínez; de pie en el ala del avión, Chiong previo a su primer vuelo en un MiG-21 UTI en la base aérea de Holguín, 1970.

ÍNDICE

Tipos de aviones pilotados por Chiong

a: Yak-18.

b: MiG-15.

ÍNDICE

c: MiG-17.

d: MiG-21.

e: AN-2.

ÍNDICE

Formación de tropas cubanas en la rampa de vuelo del aeropuerto de Huambo, Angola. Al fondo se divisa la torre de control de vuelos.

Vehículo CKP-9 en misión de combate. En la parte superior se observa la cabina para la dirección de los vuelos.

ÍNDICE

El coronel Antonio Enrique Lussón Batlle ante un mapa de trabajo.

De izquierda a derecha el coronel Orlando Calvo Montes de Oca, los tenientes coroneles Henry Pérez Martínez y Antonio Telmo Almenares.

ÍNDICE

Un helicóptero MI-8 en su plataforma de estacionamiento.

Vista aérea de la aldea de Cangamba. En primer plano (en tono oscuro) el río Cubanquí atravesado por el camino (tono claro) que se dirige al barrio 4 de Febrero, al fondo.

ÍNDICE

Vista de un sector de la aldea de Cangamba donde se observan un pequeño bosque de eucaliptos y un quimbo.

Aún en las trincheras. De espaldas, a la derecha, el general de división Leopoldo Cintra Frías, el 10 de agosto de 1983.

ÍNDICE

Huellas de la batalla.

ÍNDICE

Chiong junto a un sonidista de la corresponsalía de guerra. Cangamba, 10 de agosto de 1983.

Al centro, con gafas, Chiong entrevistado por un corresponsal de guerra.

El piloto de caza mayor Oscar Romero Lezcano.

De izquierda a derecha los pilotos de caza teniente Ramón Quesada Aguilar y el capitán Jorge L. Lombides Chamizo.

De izquierda a derecha el coronel Orlando Calvo montes de Oca, los capitanes Fernando Fuentes Rivero y Mario Jesús Reyes Licea. Cangamba, 10 de agosto de 1983.

ÍNDICE

Helicópteros y tropas en labores de evacuación de las bajas el 10 de agosto de 1983.

ÍNDICE

Al centro el teniente coronel Fidencio González Peraza y el mayor José A. Ramos Fajardo (jefe de la Compañía de Destino Especial) se funden en un cordial abrazo el día de la victoria.

Bibliografía

Castro Ruz, Fidel: *Reflexiones*, Tabloide Especial No. 6, 2008.

Gárciga Blanco, José Ángel: *Misión Olivo*, Editora Política, 2015.

Martí Pérez, José: «El pintor Carbó», revista *Universal*, México, 18 de agosto de 1876, *Obras Completas*, t. 6.

_____ : «Letras fieras. Lectura en la reunión de emigrados cubanos en Steck Hall», N. Y., 24 de junio de 1880, en Roberto Fernández Retamar: *Selección*, Editorial Letras Cubanas, 1981.

_____ : «Letras fieras. Del presidio político en Cuba», en Roberto Fernández Retamar: *Selección*, Editorial Letras Cubanas, 1981.

Martín Blandino, Jorge: *Cangamba*, Ediciones Verde Olivo, 2006.

Menéndez Tomasevich, Raúl y José Ángel Gárciga Blanco: *Patria africana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

Pérez Martínez, Henry: *Sobre el cielo de Cangamba*, Editora Abril, 1992.

Ramos Fajardo, Rafael Ángel: *Tigres de Cangamba*, Casa Editorial Verde Olivo, 2015.

Suárez Suárez, Reinaldo y Oscar Puig Corral: *La complejidad de la rebeldía*, Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 2010.

Trujillo Hernández, Humberto C.: *Audacia y coraje, proezas de la aviación cubana en Angola*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2012.

Valdés Galarraga, Ramiro: *Diccionario del pensamiento martiano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.

Otras fuentes

Archivo personal del autor (mapas, libros de vuelos, diarios y otros).

Datos de autor

Eduardo Licerio Verdecia Díaz (Campechuela, Granma, 1864). Mayor (r), piloto de helicópteros, graduado en el Instituto de Aviación Civil de Kremenchug, Ucrania, en la extinta Unión Soviética. Cumplió más de ciento cincuenta misiones combativas durante la guerra en Angola, entre 1988 y 1989. Posee por su destacada hoja de servicios, entre otras, las medallas: Combatiente Internacionalista de Primera Clase, Por la Victoria Cuba-Angola y las conmemorativas por el 40, 50 y 60 aniversarios de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y la Ignacio Agramonte de III Clase. Su incursión como escritor lo han hecho acreedor de varios premios y menciones.